

INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CENTROS DE ESTUDIOS LOCALES

*ANTOLOGÍA
DE LOS
PREMIOS «CEUTA»
DE LITERATURA*

Años 1974 a 1980

CEUTA, 1981

INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES

**ANTOLOGÍA
DE LOS
PREMIOS «CEUTA»
DE LITERATURA**

Años 1974 a 1980

(Prólogo, selección y comentarios a cargo de
Juan Díaz Fernández, Miembro Numerario del I. de E. C.)

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES
CEUTA, 1981**

Imprime:
Sociedad Cooperativa Imprenta Olimpia
Calvo Sotelo, 10 - Ceuta
D. L.: CE. 29-1981
FOTOCOMPOSICIÓN
I. S. B. N. 84-00-04948-9

PRÓLOGO

El Instituto de Estudios Ceutíes, de acuerdo con las bases de los Premios «CEUTA» que convoca bianualmente, se reserva el derecho a publicar íntegra o parcialmente las obras galardonadas con el Primer Premio. Considerando la imposibilidad de emprender la publicación total de dichas obras por los limitados recursos económicos del Instituto, y deseando, no obstante, cumplir el compromiso moral adquirido con sus autores, aborda la publicación de esta ANTOLOGÍA DE LOS PREMIOS «CEUTA» DE LITERATURA con el fin de ofrecer una muestra —no por reducida menos apreciable— de aquellas obras que merecieron el preciado galardón que lleva el nombre de nuestra ciudad.

El Premio «CEUTA» de Literatura consta de tres secciones: Cuento, Poesía y Periodismo. En esta ANTOLOGÍA se incluyen en versión íntegra los cuentos, no así los libros de poesía, que, por una cuestión de economía de espacio y de costo, son necesariamente reducidos a una selección. El criterio seguido para hacer dicha selección ha sido unas veces la especial referencia a Ceuta y otras —cuando tal referencia no existía por la temática de la obra— el mayor interés y facilidad de comprensión para un público mayoritario.

Es justo decir que en las diversas convocatorias de estos Premios los respectivos Jurados se vieron obligados a otorgar ACCÉSIT a trabajos de gran calidad que igualmente merecerían estar en esta ANTOLOGÍA. El Instituto de Estudios Ceutíes, ante la imposibilidad de dar cabida también a éstos, les rinde aquí el homenaje que merecen, así como a todos aquellos otros que con parecidos merecimientos no obtuvieron ningún galardón.

Siempre resulta ardua y subjetiva la labor de discernir la concesión de un premio literario. Es aceptable que cualquier decisión pueda ser discutida y criticada, con posibles imputaciones. Pero doy fe, por haber sido unas veces miembro de un Jurado y otras concursante, que en los Premios «CEUTA» los veredictos respondieron siempre a un espíritu de honestidad y justicia que honra a la Institución que los convoca y a la ciudad que les da nombre.

J. D. F.

CEUTA EN MAR Y PIEDRA

Libro de Poesía

(Selección)

de Carlos Fruhbech de Burgos

PRIMER PREMIO 1974-75

Carlos Fruhbech de Burgos, castellano pese a la estirpe germánica de su primer apellido, ofrece una colección de sonetos en su libro CEUTA EN MAR Y PIEDRA que ponen de manifiesto una sensibilidad lírica muy estimable en la observación y conocimiento de nuestra ciudad. Con la difícil y obligada arquitectura del soneto, este poeta burgalés expresa de una manera gráfica y colorista todo cuanto le suscita la contemplación de Ceuta y sus lugares, incluyendo alusiones patrióticas a su españolidad e historia, como un rendido homenaje a la ciudad que le acogió temporalmente.

TU NOMBRE

*Iba a decir tu nombre y sólo digo
la gloria de sentir nuestra bandera
mecerse sobre ti como si fuera
el beso de la sangre con el trigo.*

*Iba a volver a ti, abrir contigo
los frutos de una nueva primavera
bebiendo tu fragancia marinera
con sólo nuestro cielo por testigo.*

*Iba a besar la sal de tu costado,
iba a palpar tu suelo enamorado
con dedos de la espuma que te baña.*

*Pero un grito me abrasaba con su aliento.
Iba a decir tu nombre al mar y al viento
y digo sólo: ¡España! ¡España! ¡España!*

INVOCACIÓN

*Mi corazón te sueña roca ardiente,
casi alado perfil hacia esa altura
donde Dios en la aurora te murmura
su palabra de amor, eternamente.*

*Alzada en el Estrecho, está presente
tu piedra perfilada de hermosura,
espejo donde finge un alba pura
la sangre derribada del poniente.*

*Le da la piel de toro enardecida
el pulso de tu savia más querida
al vuelo de la patria que te alcanza.*

*Y el aire embravecido que te invoca
es filo en la arista de tu roca
y España vibra en ti vuelta esperanza.*

CEUTA LA VIEJA

*Aire en el aire para dar altura
al roce de la piedra sensitiva,
resplandor volandero de la ojiva
llenando los espacios de hermosura.*

*Si el mar Mediterráneo te murmura
rumores de canción a la deriva,
sobre Ceuta la Vieja late viva
el alma de un recuerdo que perdura.*

*Cuando España te dio el primer aliento
la roca de tus muros se hizo viento
y abrió su corazón alado y leve.*

*Y aún vibras encendida en tu perfume
con un fuego de amor que no consume
y un latido más puro que la nieve.*

FORTALEZA DEL HACHO

*Perfilando tu sombra el alba asoma
hecho lanza de sangre florecida,
mientras hinca la luz de su caída
en los nervios dormidos de la loma.*

*Y crece sobre el aire un recio aroma
que sueña con rozar la piedra erguida,
allí donde tu alada torre anida
su vocación truncada de paloma.*

*Hoy, Hacho, sobre el tiempo te serenas
y tu voz eternizas triunfadora
lejos ya del rumor de las batallas.*

*Que aún conservan su gesto tus almenas,
y en el filo candente de la aurora
parece que palpitan tus murallas.*

MURALLA REAL

*No piedra, sólo fuerza, sólo vuelo,
quizás ala dorada del estío,
o brillo perfumado del rocío
o sueño desvelado a flor de cielo.*

*No piedra, sólo cauce paralelo,
mortal perennidad, fuego sombrío,
engarce entre las manos del vacío
o lirio arrebatado de este suelo.*

*¿La luna va dejando en ti sus huellas
cuando bebe tu foso las estrellas
y espera una canción de amanecida?*

*Tú, recia con el viento te levantas
y en muros de pereza a solas cantas.
¡Oh flor de eternidad sobre la vida!*

TRANSPARENCIA

*¡Oh Ceuta, dibujada transparencia!
sobre la luz azul del mar latino,
fruto de primavera en el camino
que endulza el corazón con su presencia.*

*Quién pudiera apurar tu suave esencia
de fina claridad y sol marino,
y flotar en tu manto cristalino
sintiendo por la sangre una cadencia.*

*Tu Virgen Africana siempre dice
palabras de esperanza y te bendice
con su mano serena y milagrosa.*

*Y en tus playas la mar se torna clara,
igual que si su espuma deshojara
la cálida blancura de una rosa.*

CEUTA EN LA NOCHE

*La noche es como un río misterioso
que diluye tus luces suavemente,
cual beso maternal sobre la frente
que acaricia la paz de tu reposo.*

*El Hacho se recorta más hermoso
respirando el aroma del poniente,
y el sol al resbalar hacia Occidente
se contempla en las aguas de tu foso.*

*Perfilada de amor ahora te siento
vagar entre tus calles con el viento
recordando sin fin tus horas bellas.*

*Perfilada de amor la noche avanza
engarzando un murmullo de esperanza
en el alto sentir de las estrellas.*

SONETO FINAL

*Como un latido hispano que perdura
en los dedos del mar, erguida cantas
mirando hacia el azul, mientras levantas
un sueño de esperanza hacia la altura.*

*Fortaleza de luz, áspera y pura,
de espadas de heroísmo y piedras santas,
parece que en la tarde te agigantas
cuando sangra el poniente su hermosura.*

*Quiero ser filo ardiente de tu roca,
beso azul de la espuma que te toca
la frente y en sus pétalos te encierra.*

*Quiero aquí entre mis brazos retenerte,
siempre flor marinera sobre tierra.
¡Oh Ceuta, vencedora de la muerte!*

EL ABOGADITO

Cuento

de Guillermo Rodríguez

PRIMER PREMIO 1974-75

Guillermo Rodríguez es argentino. Su cuento EL ABOGADITO, en la línea de la moderna narrativa hispanoamericana, con el barroquismo y la riqueza de léxico que la distinguen, recoge con humor y fuerza expresiva una sencilla anécdota en la que se enfrentan dos comportamientos en cierto modo antagónicos: de un lado, el del ciudadano culto, tecnócrata y refinado, con sus legalismos, intereses y apetencias; y del otro, el del negociante rural, astuto y primitivo, con una filosofía de malicias y bondades para sobrevivir como sea en medio de unas circunstancias duras que obligan a los hombres muchas veces al desprecio de las normas e incluso a la crueldad. Sin dramatizar, con un atisbo de penetración psicológica de los personajes y una manifiesta ironía, más bien sátira de costumbres, Guillermo Rodríguez construye su narración con agilidad y acierto.

EL ABOGADITO

Cómo fue que yo —hombre de ciudad— anclé de tenedor de libros en el negocio de ramos generales del turco Antonio (que no era turco, sino hijo de árabes), allí, en los confines de la laguna, donde ya no se sabe si los esteros son del Miriñay o del Corrientes, o de la propia laguna, porque todo es una gran pampa de agua y monte, tacuruzales y paja, hasta más allá de la vista, hasta más allá de lo que puede andarse a caballo en varios días, con el winchester en una mano y la persignación en la otra, lista para cuando cruzan a la distancia otros jinetes, solitarios y oscuros como sombras, o se ve palpar en los pajonales la lampalagua o el yagareté, y hasta el caballo parece que se santiguara con ese temblor que le comienza en las orejas y termina en los morros, luego de pasar por la cruz, el lomo, el anca, las patas, la panza, las manos y el garguero; cómo fue que yo —digo—, hombre de ciudad, anclé allí cuando no tenía ni veinticinco años, y mis estudios y mis libros es historia para otro día. Ésta es la de un abogadito y su mejor pleito, y de cómo fue vencido por la tierra, áspera y luminosa, de la que él también era hijo, pero hijo espúreo, pequeño.

Entre los clientes de Antonio —peones, capataces, hombres hoscos o alegres, indefinibles, que llegaban de pronto y desaparecían, catangos del ferrocarril, mensús miserables— sólo unos —los cazadores y los arroceros— eran capaces de atraer la pobre atención del boliche, porque todo en ellos (ardid, inundación, sequía, trampa, peligro) era seguro de novedad, de cambio, como si los esteros, el coraje de los peones, las cruces milagrosas de los caminos, los recuerdos infinitos, no hubieran sido suficientes para poblar de magia no sólo el negocio de Antonio, sino todos los negocios de todos los turcos del mundo.

Y entre todos, uno: Pedro Veira, un brasileño ceremonioso que lo mismo alcanzaba con su arrocería la cumbre de la prosperidad un año que la miseria casi hambreada al otro; los «¡peina!» del asombro o los «¡jangá!» suspirados de la lástima.

Veira iba al almacén una vez por semana a comprar lo necesario para su familia y sus múltiples peones. Daba la mano a todo el mundo, preguntaba muy cortés por la salud de cada uno y en su boca y en su idioma diez kilos de maíz blanco para loco alcanzaba la preponderancia de mil de carne de faisán.

Las manos callosas, el cuello quemado por el sol hasta un casi negro, el rostro curtido bien afeitado, el gran sombrero de corcho, la camisa blanca siempre limpia, las botas bajo los pantalones, lo mismo podía ser un inglés de la India que la estatua de los pioneros.

«Trabajador el brasileño, señor» —decían los peones. «Trabajador, don Pedro» —decían los medieros. «Trabajador, Veira» —decía Antonio.

Cuando el año iba bien —llovía a tiempo, el río traía suficiente agua, se podía cosechar justo, el arroz se vendía a buen precio— don Pedro era generoso con todos; sus peones recibían arados y un lotecito para trabajar por su cuenta; las mujeres y los chicos, géneros y juguetes; el maestro, el jefe de la estación, los mensús que se arrimaban por su arrocería, todos recibían presentes. Cuando el año iba mal el mismo don Pedro pasaba privaciones; entonces, a falta de regalos, visitaba, saludaba y deseaba «suerte, salud y prosperidad», en un orden que jamás sufría alteraciones.

Un año las cosas fueron mal y al siguiente peor. Don Pedro no pudo pagar arrendamientos y cuentas y le cayeron un par de embargos menores. El brasileño, en sus visitas al almacén, contaba cada nuevo tropiezo, cada nuevo pleito en que lo metían sus acreedores, como quien cuenta lo que pasó el día antes en el baile de gala. Antonio, entre generoso y alarmado, veía con desesperación cómo aumentaba la cuenta de don Pedro y, sin animarse a retacearle el crédito, sufría ante la posibilidad —demasiado próxima por cierto— de que todos aquellos embargos le impidieran al arrocería seguir trabajando, cosechar el arroz y manejar libremente su economía hasta la esperada recuperación.

«Tenemos que hacer algo» —me dijo—. «Esos pleitos lo van a fundir a Veira». Le sugerí que consultara a un abogado de la ciudad más próxima o que hablara con el que centralizaba la mayor parte de las acciones contra don Pedro, especialmente los reclamos de arrendamientos. Esto último le pareció bien y dispuso un viaje.

No tuvo necesidad de ir. Al día siguiente, traqueteando por la huella que terminaba en la playita frente al negocio, llegó un automóvil casi deshecho por el zarandeo, y de él bajó, también casi deshecho, un mequetrefe trajeado de ciudad.

Entró, saludó fuerte, y queriéndose hacer el campechano —impresionado sin duda por las trazas del almacén, del almacenero y de los peones que en esos momentos tomaban su caña en el mostrador— preguntó por dónde se iba a la arrocera del brasileño. Antonio, rápido para conocer a la gente (el personaje era flaquito, esmirriado, todo ojos saltones, joven, pero que ya andaba con auto, y falso por el modo en que cambió de tranco cuando la facha del ambiente no le inspiró mucha confianza), se imaginó que no venía para nada bueno y en seguida lo trató de «doctor» y se ofreció para acompañarlo «porque el camino era muy difícil».

Al sentirse tratar de doctor el abogadito se presentó, le dio la mano, celebró encontrar gente tan gaucha, quiso pagar la copa que tomaban los peones y, cuando el árabe le contó que en su casa estaba parando, desde el día antes, un abogado sobrino del brasileño que había llegado para solucionar algunos problemas del tío, no tuvo más remedio que manifestar sus vivos deseos de conocerlo.

Antonio me fue a buscar a la pieza y en dos palabras me contó su plan. Me pareció descabellado, pero acepté.

Me puse el mejor traje, los zapatos nuevos, me peiné como hacía tiempo no lo hacía.

En la presentación me adjudiqué un apellido importante, coincidente con el de uno de los políticos más prestigiosos del momento, y contesté con una solemne distracción la forzosa pregunta sobre mi parentesco con él.

El abogadito se interesó por mi viaje, elogió mi juventud, afirmó que por mi don de gentes se notaba que venía de una gran ciudad, despreció la vida de provincias, aseguró que sólo en las ciudades el hombre se realiza plenamente, calificó (en voz muy baja) de «pobres infelices» a los peones que tomaban su caña y de símbolo de atraso a los caballos atados en el palenque. Ya en ese instante comencé a sentirle lástima y comprendí que el plan del árabe era no sólo practicable, sino de seguro éxito y, en alguna forma, deseable, aunque más no hubiera sido que para jorobar a semejante bicho.

Luego contó la razón de su viaje. Debía —«muy lamentablemente»— conminar el desalojo del campo que ocupaba Pedro Veira por falta de pago de los arrendamientos. Su mandante «una poderosa compañía dueña de

media república y con domicilio en la capital federal, que había confiado en él, un abogado del campo y a la que, por lo tanto, no podía defraudar», exigía el pago inmediato de todos los arrendamientos adeudados o de lo contrario el desalojo sin más trámite; él era portador, precisamente, de una cédula de lanzamiento («fíjese, doctor, acá está») y, además, debía trabar embargos sobre máquinas, sembrados y todo lo que hubiera hasta dejar suficientemente garantizada la deuda.

Entonces, siguiendo los planes de Antonio, hablé yo. Le dije que «a mi tío y a mí nos parecían muy razonables aquellas medidas, de las que ya estábamos enterados», pero que, como nuestro deseo era seguir trabajando para poder pagar todas las deudas y alcanzar la prosperidad de otros años, «lamentábamos informarle que la arrocería ya no estaba en los campos de la compañía, sino en los de don Antonio» (y señalé al árabe), porque, «imagínese, no nos íbamos a arriesgar a sembrar un campo del que seguramente nos pedirían el desalojo», y que todos los tractores, bombas, máquinas y casillas estaban en la nueva arrocería a nombre también de don Antonio (y volví a señalarlo), «perfectamente a salvo»; que los campos de su mandante estaban desalojados y que, por lo tanto, podía tomar posesión de ellos cuando quisiera y, por último, lamentábamos que él —de acuerdo con lo dicho— no pudiera tener satisfacción en cuanto a aquello de garantizar las deudas con los embargos «por la sencilla razón de que ya no hay nada para embargar a nombre de don Pedro», pero que estuviera tranquilo, porque «si las cosas resultaban como se esperaba, el señor Veira, como todo el caballero que es, no sólo pagará los arrendamientos que adeuda, sino también, doctor, sus honorarios, hasta el último centavo.»

El abogadito empezó a caracolear. Manifestó su alegría por la feliz circunstancia de que Veira pudiera seguir trabajando, ahora en los campos de don Antonio, y que estuviera dispuesto a desalojar las tierras de su cliente, o que las hubiera desalojado ya, pero que, en realidad, lo que más le preocupaba era la deuda «porque, usted sabe, aquellos campos no se usan para nada, toda zona inundable según me han dicho, si no es para arroz para qué sirve», y que su misión era la de usar de todos los recursos de la ley para conseguir que el deudor pagara y que en cambio ahora, «si bien no dudo de la honradez del señor Veira, puede seguir la mala suerte», y que habiéndose colocado todos los bienes a nombre de otro se debía buscar entre todos una solución para su cliente y los demás acreedores, «porque lo hecho es muy grave, caramba, yo ya tenía algunos embargos sobre máquinas por otras cuentas menores, y al transferir esos bienes se ha incurrido en un delito previsto por la ley —usted sabe, doctor— y eso podría significar hasta la cárcel para los implicados.»

Habló largamente, dando infinitas vueltas para formular cada amenaza. Lo interrumpí un par de veces para aclararle que los bienes embargados continuaban en la vieja arrocera, que «no éramos tan tontos como para transferir esos bienes», pero que él no había embargado otra cosa que un montón de hierros viejos cuyo valor seguramente no alcanzaría ni para las costas del juicio. **«Eso le pasa, doctor, por haber trabado los embargos a la distancia; ya sé que la arrocera de mi tío está lejisimo y que es muy difícil llegar; pero el respeto por los intereses de su cliente merecían ese sacrificio o bien el rechazo del asunto.»**

Sabía que no se iba a ofender. Cambió de color, pero me dio la razón y siguió dando vueltas. Buscaba, evidentemente, la forma de salvar una cuenta de honorarios que en su mente, con seguridad, ya estaba invertida en algún negocio interesante, y de mantener un cliente poderoso que podía seguir redituando honorarios. Ante esa posibilidad, la ofensa no importaba. Lo vi de pronto tan miserable con su bigotito rubio y escaso temblándole sobre la boca sensual, el cuello menudo con las venas hinchadas, los pasos que querían ser enérgicos, que me asusté del terreno al que estábamos llevando las cosas: ese hombre no perdonaría cuando descubriera la mentira, y todas las triquiñuelas y todas las trabas legales caerían con cualquier pretexto sobre nosotros para vengar la burla, la tremenda ofensa conferida a su juventud de ave de presa.

Antonio, en cambio, estaba jubiloso. Yo desempeñaba mi papel mejor aún de lo que él había supuesto, y las cosas —aparentemente— habían llegado a un punto que le permitiría a Veira levantar su cosecha dentro de un par de meses, sin trabas de ningún tipo. Pidió permiso al abogado y me rogó que lo acompañara un instante para hablar en privado. Le expuse mis temores, él su gran alegría y siguió elaborando su plan, al que yo, forzoso es decirlo, agregué algunos condimentos.

Volvimos. «Doctor —le dije—, don Antonio está tan seguro de la recuperación de mi tío que no tiene ningún inconveniente en garantizarle sus honorarios; lamenta no poder hacer lo mismo con la parte de arrendamientos y las otras deudas que usted representa, pero desde ya lo suyo, le repito, está totalmente asegurado por el señor Mojalem.»

Fue, vino, volvió a ir y a venir. Habló muchísimo. Indudablemente algo era algo, el viaje no estaba perdido; pero aún podía sacarse más y se sintió inteligente. Quiso estimular la vanidad de Antonio, y luego de otras mil vueltas y revueltas le pidió la garantía por todos los alquileres y lo demás.

Antonio me volvió a sacar aparte «para consultar»; se mataba de risa del abogadito y tejió la parte genial del plan.

Él mismo tomó la palabra: «Bien, doctor, hemos pensado que usted tiene razón; estoy dispuesto a garantizar la totalidad de la deuda de don Pedro Veira. Pero no quiero hacerlo con nada de este negocio, que es la base de todo lo que tengo, sino con la misma arrocera, con las vacas, las ovejas y la tierra misma si es necesario. De modo que salimos en seguida; esta noche comemos un asado en mi arrocera, y mañana a la mañana seguimos hasta los campos de la compañía, así usted los recibe formalmente. Los campos míos quedan de paso hacia los otros, así que matamos dos pájaros de un tiro; ¿listo?»

El abogadito estaba más que listo: directamente, no podía creer lo que oía. Dijo «listo, claro, listo» entre gozosas risitas, dio gran cantidad de palmadas en nuestras espaldas, aseguró que el Quijote había sido de raza árabe y se aprontó para el viaje.

—Pase a cambiarse, doctor —dijo Antonio.

—¿A cambiarme?

—Claro... no va a ir a caballo con esa ropa...

—¡Ah!... hay que ir a caballo...

—¡Pero, doctor!... ¿no sabía?

Pasó. Las ropas viejas de un hijo de Antonio le venían justas. Nosotros también nos cambiamos, comimos algo a escondidas del abogado y al terminar ya nos estaban esperando los caballos que Antonio había mandado ensillar.

Salimos al mediodía, con un sol que rajaba la tierra. Tomamos la huella por la que él había venido y a quinientos metros desviamos a campo traviesa, hasta el arroyo grande, cuyo curso comenzamos a seguir y que nos llevaría, en su desembocadura con el río, hasta las tierras de la compañía donde estaba la arrocera de Veira, esa que el abogadito suponía ahora ubicada dentro de la propiedad de Antonio.

El caballo que le habíamos elegido era, por lejos, el de paso más desparejo de toda la región. Mañero además, un montón de veces apretó a su jinete contra los espinillos, por más que éste, como un poseído, tiraba de las riendas hacia el otro lado, con las dos manos, mientras procuraba sacarlo de entre las ramas pinchudas clavándole los talones en cualquier parte.

Nosotros no veíamos nada. Antonio, sin embargo, como en un recitado, le instaba a seguir ese bravo camino «que era el único que tenían aquellos pioneros de la industria del arroz, allá, en los grandes bañados, entre animales carniceros, víboras ponzoñosas, gauchos alzados, contrabandistas, cuatreros, indios —tal vez— porque a veces, desde el camino, se veían como sombras que saltaban de un árbol a otro.»

El abogado, sudando tinta, lívido, intentaba alguna pregunta que le salía a los saltitos, como el trote que habíamos impuesto a nuestros caballos. Una sola vez habló de tomar agua, pero desistió de inmediato después que, al señalarle el arroyo, Antonio contestó a su pregunta sobre existencia de víboras con un lacónico: «No, por acá todavía no hay... puede, en una de esas, que haya alguna... pero si no las pisa no le van a picar.»

Ya casi tenía compasión por ese pobre infeliz detrás de cuarenta mil pesos que no precisaba y capaz de hacer cualquier cosa por la compañía que alguna vez podía dejarle otros cuarenta mil, tan chiquitito encima de su caballo, temblando de miedo de perder, así, de pronto, con una yarará entre las piernas o un gato montés al cuello, sus estudios de abogado deglutidos en una pensión infame, los años de sumisión en el empleo de pagarse los estudios y los de genuflexión ante los grandes clientes, el escritorio metálico, la Olivetti eléctrica, el noviazgo con la hija del profesor del que alguna vez podía heredar la cátedra y el lustre, sangrando ahora a través de veinte rasguños en las piernas y desorbitados los ojos ya de por sí desorbitados queriendo sondear en cada mata la presencia del tigre o del cuatero.

Antonio, cruel ya, iba a su lado relatándole todas las historias de aparecidos, muertes feroces, encuentros con animales bravos —toros, yacarés, pumas— que alguna vez... por allí... más allá... el año pasado... donde está aquella cruz... antayer... en el montecito ese... en el tacuruzal grande que vamos a pasar...

A las cinco horas de andar a caballo comencé a temer realmente por el abogado, del que sólo quedaba una cosa esmirriada y escurrida encima de la montura, con una palidez de vela en las manos huesudas apoyadas en la cruz del caballo como en actitud de rezo.

Dos horas después llegamos a la arrocera. Hubo que bajarlo del caballo, le dimos agua, cayó redondo.

Una vieja llegó con unos yuyos y le puso unas compresas en la frente. A la mañana ya estaba mejor, con fiebre todavía, pero ya poca, y Antonio, Veira y yo deploramos profundamente que se hubiera quedado sin el riquí-

simo cordero al asador que habíamos preparado, nos alegramos que ya estuviera bien y luego de servirle un desayuno de magros mates en bombilla y galleta dura, que devoró como manjares, lo invitamos a seguir hasta la supuesta arrocera desalojada, quince leguas más allá.

Se negó terminantemente. Dijo que confiaba en nuestra palabra y que si el campo estaba desalojado bien desalojado estaba y él no precisaba comprobarlo. Sólo quería regresar, y no a caballo.

Don Pedro, solícito, dispuso un carro con un colchón. Hizo todo el viaje acostado, los ojos muy abiertos, echándose al garguero, de tanto en tanto, un trago de caña de la botella que le dio don Pedro para el viaje. Después vomitó mate y bilis, y después le subió la fiebre, y entre la fiebre y la caña se quedó dormido.

Cuando llegamos al almacén, medio borracho y atolondrado, manifestó sus deseos de bañarse. Antonio me rogó que lo acompañara al arroyo. Pegó un respingo y retrocedió, como si le hubieran nombrado al diablo. Se puso su ropa y se fue. A último momento se acordó del portafolios, pero nadie supo dónde estaba. Antonio, con aire de santidad, sugirió hacer de nuevo todo el camino.

Creo que llegó a intuir la estafa. Creo que llegó a medir los miles de años luz que lo separaban de Antonio, de mí, de Veira, de esa tierra en la que había nacido, pero que le era ajena, distante. Creo que llegó a admirarnos; creo que al irse lloraba y que lloraba por sí mismo.

Don Pedro tuvo tiempo de cosechar su arroz; pagó las cuentas y hasta pudo comprar, con la ayuda de Antonio, el campo de la compañía. Jamás supimos qué pasó con el cuento del desalojo, con los embargos, los sellados, costas y honorarios de nuestro amigo.

Tampoco teníamos interés en averiguarlo. Seguramente ahora es millonario. Seguramente aún le teme a la muerte.

POEMAS DEL SUR

Libro de Poesía

(Selección)

de Rafael Fernández Pombo

PRIMER PREMIO 1975-76

No podía sustraerse Rafael Fernández Pombo, por su doble condición de manchego y de poeta, al atractivo del más allá del horizonte, viviendo como vive en una tierra donde la mirada a lo lejos parece que no tiene límites. Quizá por esto se derrama, se expande, en sonetos, recia y finamente cincelados, hacia otros paisajes y gentes al sur de su Mancha entrañable, lírica prolongación geográfica de un poeta que no se resigna a que su inspiración se ancle en el espacio, dilatado espacio, en que vive. Y en esa búsqueda y descubrimiento de nuevos ámbitos por el sur aparece Ceuta como estación y meta de jornada. Ceuta vista y sentida. Y plasmada en sonetos de excelente técnica en los que se aúnan la delicadeza y la fuerza para sumarse a los ya numerosos y bellos cantos poéticos dedicados a esta ciudad.

SABED QUE HE VISTO CEUTA...

«Ceuta es una andaluza niñería»

Luis López Anglada

*Sabed que allá en La Mancha vive un hombre,
un soñador que aspira a ser poeta,
fuerte la voz y la palabra inquieta,
por lo demás, ni nombre ni renombre.*

*Sabed que vino un día (no se asombre
nadie por ello) en la gentil goleta
de su ilusión, desde la tierra prieta
que es sequedad desde barbecho a nombre.*

*Se le llenó de azul la lejanía,
las algas se enredaron en sus brazos,
con el viento y el mar colmó su pecho.*

*Vino a ver si es verdad que Andalucía
tiene, quizá el mejor de sus pedazos,
en la orilla africana del Estrecho.*

*Sabed que allá en La Mancha los molinos
para siempre han quedado por gigantes,
sabed que en esas tierras tan distantes
razón son los mayores desatinos.*

*Con mucha fe se han hecho sus destinos,
con mucho amor y muchos caminantes
y ya, de tanto andar, somos andantes
caballeros del alba en sus caminos.*

*Es tierra de viñedos y rastros
y sí en los altos cerros molinea
es por dar a los vientos fantasía...*

*Sabed que vine a verlo con mis ojos;
quien se llame poeta, que lo crea:
«Ceuta es una andaluza niñería».*

.....

*Yo no puedo decir si escapada
de la madre al soltarse de su mano.
Yo no sé si es verdad que el oceano
la dejó en la otra orilla abandonada.*

*Yo no sé si cristiana o cristianada,
ni si torre, bandera o altozano.
Yo no sé si el llamarla será en vano
y está sobre la mar crucificada.*

*Sabed que vine a Ceuta, lo concedo,
para quedar del todo bien seguro,
palpar lo que allí acaba o allí empieza.*

*En su llaga de amor puse mi dedo;
sabed que he visto Ceuta y es, lo juro,
España de los pies a la cabeza.*

ESTABA DIOS ALLÍ

*Estaba el mar allí y Dios estaba.
Estaba Dios allí y era la ola
un penacho de luz, una corola
que en las manos de Dios se deshojaba.*

*Estaba Dios allí y me llamaba.
Al escuchar su voz, inmensa y sola,
mi carne se hizo nácar, caracola
que aquella eterna voz me recordaba.*

*Estaba el mar azul tan en reposo
como otro cielo más, en un hermoso
irrepetible y sorprendente plagio.*

*Estaba Dios allí y su voz era
esa tabla final, esa madera,
que busca cada hombre en su naufragio.*

CRUZAREMOS EL MAR...

*El blanco «ferry» cruza, no se nota
que pasa de una orilla a la otra orilla,
que el mar se atersa más y hace sencilla
su andadura liviana de gaviota.*

*Si el mar algunas veces se alborota
acaba por ceder, pierde y se humilla
al roce dominante de la quilla
que le deja la piel hendida y rota.*

*Algeciras a un lado, pero enfrente
Ceuta se nos acerca, de repente
el corazón se va por lo derecho.*

*Algeciras y Ceuta, los confines
que aproximan poetas y delfines
estrechando el abrazo del Estrecho.*

ANCLA DEFINITIVA

*Clavaremos el ancla en esta hondura
buscando la raíz de esta atalaya,
para que nuestro barco no se vaya
amarremos a Ceuta la andadura.*

*Puerto final de nuestra singladura,
victoria de una última batalla,
¿dónde acaba o empieza la muralla?
¿Dónde la piedra es sólo roca pura?*

*Dajaremos el ancla bien hundida;
quédese entre las algas enmohecida
mientras vamos el barco desguazando...*

*(Arriaremos las velas y los sueños
y haremos los recuerdos tan pequeños
que se puedan pasar de contrabando.)*

ELOGIOS A LA CIUDAD DE CEUTA

*¿No te han dicho jamás que eres doncella,
que un ánfora te copia la cintura?*

*¿No te han dicho, también, que la estatura
de tus torres acaba en una estrella?*

*¿No sabes que he venido por aquella
vereda de la mar, con la presura
de quien quiere llegar a tu hermosura
sin que importe el camino ni la huella?*

*Peñón que se levanta sobre un mapa,
cálida geografía que se escapa,
imán que me aproxima a una ribera...*

*(Yo —ya lo ves— pendiente de tu cumbre,
quemándome de amor en esa lumbre,
puro volcán de tu interior hoguera.)*

.....

*¿No te han dicho jamás que eres el velo
sutil con que te velas a ti misma?*

*¿No te han dicho, quizá, que eres el prisma
que desdobra la luz de todo un cielo?*

*¿No te han prendido por el negro pelo
ese clavel que por tu sangre abisma
el caudal de la herida en la marisma
donde se estanca el agua de tu anhelo?*

*Te velas y descubres un momento,
te callas y regalas un acento,
herida siempre pero siempre illesa...*

*(Yo por tu flecha, Ceuta, voy herido,
golondrina que vuelve fiel al nido
con tal de ver cumplida su promesa.)*

A TRAVÉS DEL CRISTAL OSCURECIDO

Cuento

de Alfonso López Gradolí

PRIMER PREMIO 1975-76

Alfonso López Gradolí, en su cuento A TRAVÉS DEL CRISTAL OSCURECIDO, retrata, con minuciosidad de disección anatómica y psicológica, a un tipo humano de una época que no por pasada deja de ser actual en cuanto a la persistencia de aspectos que la caracterizaron. A TRAVÉS DEL CRISTAL OSCURECIDO es un cuento sin más anécdota que la observación analítica, y un tanto irónica, de un ambiente y de una manera de vivir, productos ambos de una sociedad sofisticada y consumista. La observación y el análisis, sabiamente utilizados en una narración dinámica e impresionista, van componiendo el «puzzle» de una multitud de detalles que dan forma al cuadro de un determinado lugar en un determinado momento.

A TRAVÉS DEL CRISTAL OSCURECIDO

Ahora está apoyado en la barra (nappel, imitación de cuero, madera oscura) del bar que está de moda, un lugar para recoger a los amigos, para decir a la gente que busca nuevos sitios, con madera y muchas botellas y portabotellas plateados, a la gente que quiere un bar caro, pero que te conozcan, que te sepan distinguir, ya me entiendes, con rostros reconocibles, de políticos o alta administración, apellidos largos, gente del deporte, artistas *pop*, las caras que salen en las revistas, en la televisión, un lugar para tener seguridad con el vaso en la mano, luz de club con algo de marisquería y preparativo de restaurante de cuatro tenedores. Ahora, él está vigilando, reconociendo u observando su coche de gran cilindrada, color butano, con muchos relojes en el tablero de mandos, rebrillante, ostentoso; un buen bocado para la declaración de renta. Ahora, son las doce y media, algo más, en algunas oficinas estarán mirando la hora de salida. Él lleva los zapatos brillantes, estira sin prisa el brazo con cigarrillo encendido, los impecables puños de la camisa (Dupont, cigarrillo de importación sobre la madera barnizada, sin brillo, madera para sostener guantes o llaveros de coches casi siempre aparcados en segunda fila, con el aviso, la atención cortés del portero, el conserje, alguien con una gorra azul y un gesto servil, saber distinguir, que te conozcan, el hombre de aspecto displicente «que para eso está», para rogar un poco de paciencia al que va por su sitio, «permitame las llaves y se lo aparco», madera sobre la que llueven sin prisa conversaciones de negocios, declives de familias, chismorreos matrimoniales, nombres, apellidos, herencias, participaciones, dinero, adulterios, asuntos claros, treinta millones o más en un año, puestos directivos en empresas con dos millones anuales, participación en beneficios, todas esas cosas se revalorizaron, hay que ir a la Gerencia de Urbanismo, allí conozco yo gente, nos

llamamos mañana, hay que buscar una inmobiliaria, o la del Banco, yo veo, yo conozco amigos, lo digo mañana, aptitudes para las curvas, velocidad de crucero, ciento treinta sin reducir nada, el coche lo aguanta bien, amortiguadores fabulosos).

Doce y media, una menos cuarto, a través del cristal oscurecido, para evitar la insolente luz del sol, para dar más intimidad a este bar con algo de club inglés, ¿quién ha estado en un club inglés?, será por las películas, por la *tele*, «los decoradores hacen todos estos sitios parecidos a *pubs*», botellas de whisky con etiqueta dorada, otras bebidas caras con borlas de colores, el consejero delegado es amigo mío, los cortinajes de terciopelo oscuro, moqueta, los camareros cambian los ceniceros cuando tienen un poco, sólo un poco, de ceniza, limpian las maderas oscuras, silenciosamente barnizadas, sobre las que se habla de política, de nombramientos, de antiguos amigos de la Escuela, de la Facultad, de cacerías, de ochocientas perdices, de la montería, del guarro que se revolvió contra el marqués, del aspirante a ministro, es una lumbrera, lee veinte periódicos cada día, libros, lo lee todo, pero el matrimonio va mal, sexualmente creo que hay algo, no sé, dicen, ya sabes que estas cosas si las ves, si estás encima, pues tampoco puedes creértelo, las intimidades de alcoba, a saber lo que pasa por las noches, en los dormitorios, en todas las ciudades, en todos los sitios, cualquiera sabe. Dinero, invitaciones a tomar esa última copa en el apartamento de tranquilidad y música con sonido cuorafónico, «no está lejos, se toman bien las copas allí, el último *drink*, algo fresco si quieres, y oímos música, estamos tranquilos, no te vayas a creer, no soy un salido, todos los sitios de última hora están imposibles, codazos, sitios llenos de gente, trajes grises, ojos cargados, insistencia de frases entrecortadas, incoherentes por el alcohol, los sábados es que es imposible, no sabe uno dónde meterse, sitios con los horteras inevitables de última hora, al día siguiente ho hay que madrugar, no hay despertador».

Por eso, a esta hora tranquila del mediodía él mira el cristal oscurecido, que distancia. Él, traje oscuro, perfectísima arruga, raya del pantalón, corbata de seda natural, cuidado pelo cortado a navaja por alguien que arregla a otros importantes, la piel semicurtida por aire de nieve (sábado, domingo de sierra en el invierno, bronceado de primavera en piscina de chalet). La corbata, con blancos y azules, franjas anchas, impecable.

Mira por el cristal y ve una pareja de jóvenes: ella con el pelo lacio y apariencia de suciedad, pantalones tejanos manchados; él, con chaquetón verde oscuro, verde para apoyarse en los sitios, para las aperturas del metro, las escaleras, el suelo (no importa la apariencia, la presentación, sólo los

burgueses pueden preocuparse de la ropa, dirán ellos). El joven, con barba y pelo largo, tan largo como el de ella, que lleva jersey sin forma, grisáceo, como un abrigo, y los pantalones ajustados. Los dos con libros; se han detenido, hojeando uno, frente al ventanal oscurecido, para atenuar la luz del sol.

El hombre de traje gris y perfecta raya en el pantalón tiene treinta y tantos años, título de Escuela Técnica Superior y un puesto muy importante en un grupo de empresas. (Despacho con cinco teléfonos, aire acondicionado, secretarías que traen informes, firma diaria, los télex, firma diaria, papeles, cifras, cartas para pedir presupuestos, para ganar dinero, papeles, *dossiers*, archivadores con copias de otras cartas, de otros intentos para ganar dinero, para comunicarse con idénticos términos siempre, con fechas, referencias a otra fecha, a algo, a otra carta anterior, muy señor mío, muy señores nuestros, con arreglo a la conversación telefónica de hoy mismo o del pasado día veinticuatro, un despacho con enormes sillones negros para hundirse, recordaré que en nuestra conversación anterior, en su despacho...).

Hojean un libro: (Esos pantalones tejanos, azulones, blanquecinos, raspados casi en los muslos, en las posaderas, el hombre del traje es imaginativo, les considera contestatarios, de los que abandonan estudios en la Universidad y corren frente a la Policía Armada, los *grises*, chaquetones verdes y manchados, bolsillos con recortes de periódicos, hojas de ciclostil, subversivas, listas de amigos, de compañeros, frases escritas apresuradas, ilusionadamente).

El ruido del hielo, hay cubitos de agua inglesa, de agua escocesa, que traen en bolsitas, en el vaso. El *clic* del Dupont de oro; la puerta del coche deportivo, cuando se cierra. Le dijeron, hace tiempo, que eran tres sonidos para escuchar con frecuencia. ¿Por qué recuerdo ahora esto? La escuela, sus años de estudios, hace quince, diecisiete.

La una menos diez. La pareja ha seguido su camino bajo el pálido sol de invierno; ya no están frente al cristal. El hombre bien vestido (hielo, cubitos de hielo que se deshacen, contra el cristal del vaso, recordar, guateques, pequeñas fiestas familiares para que los jóvenes de la clase media se conocieran, conversaciones de sobremesa con los padres que vivieron la guerra, toda esta gente que quiere infiltrarse en la Universidad está pagada, hijo, yo he vivido estas cosas, lo importante es tu carrera, que es muy buena, lo importante es el orden, ganar dinero, establecerse, el hielo, los cubitos de hielo). El automóvil con gran cilindrada, el mejor de toda la línea de productos de marca nacional, los extranjeros tienen el lío de los recambios, las

reparaciones tardan... Ahora puede gastar cinco mil pesetas en un aperitivo con ostras y vino de reserva. (Vino peleón con aceitunas en el bar de la escuela, primeras conversaciones políticas, con tabaco barato, interés por la lucha de Fidel Castro, allá en las montañas, en Sierra Maestra, los compañeros de curso querían hacer una hoja de reivindicaciones en una multico-pista que tenía alguien, que un cura conocido podía prestar, oye, déjame ver esas fotos de Pablo Iglesias, libros de Alberti en el fondo de las estanterías, me han dicho en casa que era rojo, que no quiere volver a España. Vino barato y humo y pantalones de pana en las habitaciones de los estudiantes, oye, podríamos hablar a un grupo de obreros, gente estupenda, preocupada por todo, los sábados por la tarde, convivir con ellos unas horas, se aprende mucho, te demuestran cosas.

—Toma, cóbrate.

Sale del bar (terciopelo, pasos amortiguados por la moqueta, propina espléndida para que le sigan llamando por su nombre, para el discretísimo, cuidadoso apoyarse de la mano del *maitre* en el codo), abre la portezuela del coche (esos tipos de ahora, con el pelo largo, sin corbata, qué van a hacer en la vida), arranca (equipo eléctrico con alternador de 420 W, tensión de 12 V), los gemelos de oro, los zapatos Bally, un puesto importante en un grupo de empresas en franca expansión. Las primeras arrugas en su frente soleada (golf, playa de moda), el gesto amargado, de hastío complaciente; situado, seguro.

SALA DE ESPERA

Libro de Poesía

(Selección)

de Julio Alfredo Egea

PRIMER PREMIO 1976-77

Debido a la extensión de cada uno de los poemas que componen el libro SALA DE ESPERA, de Julio Alfredo Egea, resulta difícil en esta obligada selección, necesariamente breve, captar su unidad temática. En todo él late una religiosidad lacerante, profundamente preocupada por el ser humano, por la violencia, por la infelicidad, por la miseria. Y, sin embargo, hay en él una continua apelación esperanzada. No es un libro fundamentalmente religioso, pero la religiosidad está presente en cuanto que todo un sentimiento evangélicamente cristiano inspira el contenido de cada poema. Con libertad de formas, gran riqueza de imágenes y musicalidad, unas veces entrecortada y otras fluida, los poemas se hacen oración, grito, salmo, denuncia, formando un todo dramático y bello, amargo y fervoroso.

ESPERA

*Buscando una espina perdida,
un jirón de nube ganada,
asistiendo a la desolación de la carne,
abriendo túneles hacia el beso decisivo,
detrás del golpe, del disparo, del dardo sin fin,
en la ladera mansa o en la cumbre
conseguida en un sudor de escalas,
asistiendo a un inevitable despertar de reptiles,
consultando un calendario de siemprevivas,
izando banderas
para arriarlas en el secreto anochecer del pánico,
poniendo la otra mejilla,
soñando que la rambla
despierta en río,
fortificando la caricia,
consultando la piel escoriada en el desamor;
apenas sombra de arbusto adolescente
sobre la tierra herida,
esperando el turno de las interrogaciones tachadas;
apenas sangre que se deslía en canales
ensayando la espuma,
en los entretenimientos de la impotencia;
apenas cauce rompiendo sus costados
en espera de afluentes;
aquí, ahora, siempre, repetidos, iguales, distintos,
consultando el reloj nerviosamente
en los nocturnos de la espera,
alzando los conseguidos ramos de esperanza...*

*Cristo, quédate con nosotros, anochece,
hagamos una cabaña junto al yermo,
cerca de la cima, es suficiente...*

sala de espera

*con paredes de horizonte,
techumbre de alas ahuyentando al trueno.
Aquí, ahora, siempre, repetidos, iguales, distintos
en esta estancia en donde es posible el suspiro y el grito
la blasfemia y el salmo.*

NAVIDAD

*En los garajes, las cafeterías, en la autopista, dentro de
[los teatros,
a la luz de un disparo o una estrella, Él nacerá.*

*Tenemos, como entonces, calendario de flores y
[excremento.*

*Hacemos una flauta con el húmero de un niño etiope,
contamos monedas hasta caer extenuados,
repartimos un pan públicamente y respiramos satisfechos.
No queda en los moteles una cama inocente para el parto;
se suceden herodes, malabaristas, brujos, adivinos
y púlpitos barrocos para la añadidura alicortada.*

*Hacemos campañas para limitar la sonrisa
frente al ensayo general del villancico.*

*Buscamos viejos musgos de ribera;
se deshace en las manos gastadas de otros tactos,
[forasteras de río.*

*Heredada costumbre de alegría nos cobija,
la canción de los niños resbalando en la nieve,
pirueta de champán, un árbol muerto
con bombillas azules...*

*A partir de un pétalo último, de un beso perdido en la
[escalera,
de un hombre desgarrado, de un niño no admitido, Él
[nacerá.*

*Pesa, duele, perfora la soledad esta noche
de acorde desvalido, cuando la nieve acaso
sea un ángel que a destiempo llegó a la cita y ahora
derramado repite sus estrellas secretas, castigado en
[belleza.*

*Duele, pesa la noche cruzada por solitarios con las
[antorchas apagadas,
por gentes bien nutridas que organizan su huelga de
[esperanzas,
por niños que oyen lejos la fiesta, que siempre oirán lejos
[la fiesta,
por doncellas espiadas entre espejos...*

*Él nacerá a la hora en punto, despertarán los pájaros,
bajo la tierra y los neumáticos latirán las simientes
[congeladas,
respirarán los ríos y agrandarán su cauce,
firmará su mirada un seguro de primaveras
y un viento de libertad traerá su tarjeta de visita
para definitivamente no encontrar el sosiego
y enterrar bajo el jardín al pánico, igual que a un perro
[muerto.*

*Nació, sigue naciendo y seguirá naciendo
mientras esté vigente la llaga, mientras cruce
un acero de muerte como tremenda lágrima que escapa
desde el negro burdel de una pupila.*

*No se alegren, no teman... Seguirá sobresalto de corazón,
[pañuelo
de milagro, columpio de latido,
espuela inevitable que se torna dulcísima en el costado
[-ofrenda*

*como abeja que pierde el aguijón y queda
felizmente en desarme exclusivo de néctar.
¿Quién ensaya piruetas para huir de los vientos de su
[túnica?*

¿Quién llama al pan vino?

*¿Quién torna del rumor del banquete
con un ala en el pecho?*

¿Quién creyó en el sorteo?

¿Quién le trajo alfajores para engañar su infancia?

¿Quién señaló fronteras?

*Enterrad flechas, hoces, martillos, cruces gamadas,
[brindis...*

*¡Callad! Es veinticuatro
de diciembre en la sangre.*

EL REINO

*Quitemos las colgaduras con flecos
las túnicas bordadas en oro,
clausuremos el yunque de los orfebres,
ahuyentemos a los teólogos innecesarios;
quememos los códigos civiles,
las romanas consignas heredadas
para mantener dignamente la rapiña;
hagamos con los brazos un círculo infinito
en donde quepan multitudes;
no pensemos en la diestra del Padre,
en el posible huequecito a la diestra del Padre.
Que vengan los pícaros, los tullidos,
las prostitutas, los hombres solos,
los que portan su equipaje de venablos,
los niños adiestrados en el sollozo,
las mujeres esperando en riberas
al sur del desamparo...
Juntémonos en una llanura sin posible camuflaje,
no aseguremos a cada cual lo suyo,
demos a cada cual lo arrebatado;
no dispongamos el vendaje,
ni la campaña benéfica,
ni la mano enjoyada de anónimo donante.
Aquí, en el amor, en la justicia del amor
todos juntos, aproximando latitudes,
rozando la zamarra, la túnica india, el chaqué planchado,
haciendo corro a una infinita hoguera de fusiles,
buscando impacientes la posible llaga olvidada,
la desgajada voz trenzada en grito;
dentro de una aurora buscada en la noche
por la piqueta de hombres ciegos...
Aquí la voz de un niño,
como una brisa recorrida de pronto,
dirá: «Venga tu Reino»,
y llegará tu Reino.*

LA PARTIDA

*Estás sentado, Cristo, con sosiego de pastor en reposo,
el cayado colgado, la túnica de fiesta,
el café, el cigarrillo,
el transistor trayendo su necesaria música
desde alguna remota emisora instalada
en auroras estables.*

*Sentado enfrente, Cristo, al otro lado de la mesa,
con mi jersey de niño del año treinta y cinco,
mis trenes de juguete,*

*los nidos alcanzados de la rama más alta,
mi caricia secreta a unas trenzas de niña,
el beso de la madre alándome en la frente...*

Barajo, doy, la muestra pone tristes tus ojos.

*Tiemblan entre mis manos espadas, copas, oros
y bastos. Yo no cierto
con las reglas del juego.*

Ha cruzado la estancia un tiburón de sangre.

*He bebido en la copa de otros reyes, quedando
reflejado en un loco carrusel de monedas.*

He visto multitudes con la espalda llagada.

*Con un guiño o acaso con un tirón de lana me arrebatas
[los ases,*

soy feliz con la sota por un momento, pronto

tu caballo de fiebre me la rapta. He robado

el rey de espadas, tiemblo

sosteniendo en las manos mi abanico de dudas.

*Quiero hacer trampas, señalar los ases
con la frágil materia de las uñas.*

Estoy sin triunfo y esto es la tristeza.

Me cercan pleitos cuando tu entrecejo

corta el paisaje enfurecido y salgo

a la puerta buscando mi equipaje

*de borrascas, y encuentro
tan sólo el resplandor de tus sandalias
de llegada. Retorno
hasta la mesa, cojo la baraja,
vuelvo al juego, sonrío.
Me ganas el penúltimo latido,
quiero perder el último, lo dejas
para otra partida. Gano un vidrio
azul para perdones y entrevistas,
pijama de colores para el sueño,
calandrias que me enjaulo en el costado,
redes, escalas, cintas, gallardetes,
botiquines de urgencia, siemprevivas,
mi vocación de girasol perdido,
recupero un columpio de la infancia,
gano una pluma de ángel, la cometa
que perdí en las traiciones del verano,
aquel sueño de mar donde Tú estabas,
un programa de metas, la alegría
del seguro retorno de los pájaros
en el rodar del tiempo repetidos.
Ganas túneles densos,
túneles que cavé cuando la aurora
pensé encontrar raptada tras los montes.
Me ganas la sonrisa encristalada,
el concilio tenaz de los rapaces,
un retazo de mar que hice sudario,
el disfraz de la voz, una paloma
que hizo crespón su vuelo en mi palabra
y ahora regresa libre de ventiscas,
buscando pistas, hombros desvalidos
en donde amortizar, llagas presentes
para el plumón candeal dejar inmóvil.
Vuelve a echar, Camarada, con las cartas
boca arriba si quieres, ya no tengo
un miedo de pagodas y de eclipses,
tampoco se abre un círculo de asombros
en mi interior mirada. Sigue el juego.
Un as de amor decide la partida.
Siento la eternidad de haber perdido.*

CRUCIFICADOS

*El leño sobre el mundo
no ha cesado.*

*Sombra de cruz la tierra
tiene de lado a lado.*

*No os engañen guirnaldas...
Nacen cada día herodes
y soldados.*

*Aunque el viento sea alegre
está el puñal lanzado.*

*Rompen la primavera
del mar acorazados.*

*En la sangre simientes
de vida han asfixiado.*

*Un curso de balística
de nuevo ha comenzado
y hay un terrible puño
amenazando.*

*Vocación de besana
al metal le han quitado.*

¿Y Cristo? ¿Está callado?

*Crucificados,
no os importe el martillo
sobre el clavo.
Él tiró los vendajes
del costado.
Él sabe hacer de nubes
los peldaños.*

ALERTA

*Nos conocerán sólo por la manera de repartir el pan,
de acercar ríos,
de abrir las puertas en la noche,
de echar un manto antes de la escarcha,
de alzar los martillos sobre los grilletes,
de cubrir sangre quieta,
de deletrear cristales,
de dar una palabra como un fruto,
de segar las ortigas,
de prender nuestros besos en el látigo,
de retornar sonrisas,
de sujetar tormentas,
de izar el salmo sobre la agitada
sangre de los caminos, sobre el último
traspies en que la carne se derrumba.*

¡A LA COLA, QUE NO HAY PRISA!

Cuento

de Francisco Castellano Fernández

PRIMER PREMIO 1976-77

El malagueño Francisco Castellano Fernández construye su cuento ¡A LA COLA, QUE NO HAY PRISA! utilizando una técnica coloquial de gran fuerza expresiva. El lenguaje es espontáneo y directo, como recogido en cinta magnetofónica en el mismo lugar del suceso, extraído de la propia realidad popular, sin aparente elaboración ni artificio posterior. Esa es la difícil sencillez y naturalidad que confieren a este relato su frescura y su gracia, sostén de una evidente intencionalidad de boceto sociológico.

¡A LA COLA, QUE NO HAY PRISA!

No te digo, fíjate lo que dice «Sur», los minusválidos piden un puesto de trabajo, los pobres, por si éramos pocos parió la abuela, que su situación es dramática, dice, como la de todo el que no tiene trabajo, como nosotros, que no nos comemos una rosca desde hace ya más de un año, y tenemos que aguantar la cola para sellar la cartilla del desempleo, que por lo menos somos hoy cuatro mil, tú, que no, oye, que no es coña, que lo dice «Sur», mira, que ayer a esta misma hora —cuatro de la madrugada, verano del 77— había lo menos dos mil parados, y como hoy a la cola no se le ve el final, pues eso, calculo yo que el doble, o sea, cuatro mil, como que hay treinta mil parados oficiales según dice el periódico, eso, oficiales, que si metes en la cuenta a los que no están censados en el desempleo, pues, echando por lo bajo, por lo menos somos cuarenta mil sin trabajo, que ya son, oye, que cuarenta mil, a un promedio de tres por familia, son ciento veinte mil personas, que no son moco de pavo ciento veinte mil personas pasándolas putas, tú, y que nada, que no hay solución, que vamos ya para un año largo y no encuentras un boquete donde trabajar, que no se le ve a esto trazas de arreglarse, oye, que es lo que yo digo, so leches, por falta de carreteras, de viviendas baratas, de pantanos y de escuelas que hacer no será, que digo yo que algunas habrá que hacer, pues nada, tú, que no se resuelve nada, y así no sé a dónde vamos a ir a parar, con decirte que me voy de España te lo digo todo, a Uganda, nada menos que a Uganda me voy, como lo oyes, a Uganda yo tan serrano, a luchar al lado de Amin por 60.000 pesetas al mes, que son doce mil duros, oye, que en mi vida los he visto juntos, y además, de paso, me doy un garbeo por el mundo, que a mí la política me importa tres puñetas, yo lo que quiero es comer, claro, que es lo que tú dices, yo puedo hacerlo porque soy soltero, con mi madre nada más y no tengo que darle cuentas a nadie, ni me ata ninguna mujer, ni tengo niños, por eso me voy a Uganda o al mismísimo infierno que fuera, porque más desesperados que aquí no vamos a estar, vamos, digo yo, que son muchos meses, tú, sin ver un palustre y un cubo de mezcla, que no me acuerdo ya ni de cómo es una rasilla, y que estoy harto de que me caigan hojas de los árboles en el parque, y que con lo que se cobra del desempleo se pasan fatigas, y eco que yo no tengo familia como vosotros, que tampoco las estaréis pasando moradas con tanta gente detrás, que no será nada tu casa gastando solo en pan y

aceite con mujer y seis hijos, y este ídem de lienzo, que tampoco está huérfano éste, mujer, cuatro niños y la suegra inválida, sí, hijo, sí, un panorama, ya ves, no para irse a Uganda, sino a Siberia, pero son muchas gabelas las que tenéis, la familia ata mucho, si no fuera por la familia el mundo sería distinto, pero los hijos duelen, claro que duelen, a quién se lo vas a decir, ojalá fuera soltero como tú y me iba contigo a Uganda ahora mismo, pero me tengo que quedar aquí, que cada día que amanece tengo que tapar siete bocas con lo que cae, que cae poco, y menos mal que uno está acostumbrado a trabajar, de modo y manera que mientras vuelve el turismo o no, yo a lo mío, a lo de siempre, a sacar mi trainera, y a la mar con el trasmallo a pescar chanquetes, a buscar el jornal para mi gente, yo al menos tengo ese recurso, que no se me van a caer los anillos por volver a ser pescador, pero es duro, tú, ingrato, impagable el mar, y como a lo bueno se acostumbra uno con facilidad, pues ahora cuesta trabajo, que hacía veinte años que no salían a pescar las jábegas de Torremolinos, desde que empezaron los primeros pinitos del turismo que nos volvió a todos como el forro de un bolsillo, entonces Torremolinos era distinto, no lo conocían ni los malagueños, sólo algunos ingleses, que son los que siempre han sabido vivir, en aquella época a los extranjeros, cualquiera que fuera su nacionalidad, los llamábamos ingleses, luego aprendimos que eran distintos y que había otros países que necesitaban de nuestro sol porque se morían de frío y humedad, de niebla y reuma, pero eso vino mucho después, cuando empezó a ser nombrada la Costa del Sol, por aquella época en Torremolinos, sólo vivíamos unas cuantas familias de pescadores, con los pies encallecidos y con rajadas en los talones como cicatrices de guerra, unos callos como de cuero, tú, curtidos de andar por la arena arrastrando el copo, o por el asfalto de las calles, descalzos, tirando de los cenachos, con una costra tan dura que un tío mío, Cincorreales le decían —ya murió— cuando terminaba de asar la moraga de sardinas, apagaba las brasas con la planta del pie, sin pestañear, oye, y cuando aquello del padre Payton, sí, hombre, sí, el padre Payton, claro que os tenéis que acordar, eso, aquel del rosario en familia, pues el cura enganchó a todos los que pudo para ir a la iglesia, y para conquistarse a los marengos para que acudieran a rezar regaló zapatos, yo no sé si por fatiga de que Dios y el padre Payton los vieran descalzos, pero lo cierto es que no hubo forma, oye, los marengos no pudieron resistir el calzado, y es que la vida dura lo encallece todo, que eso de tirar del copo resulta muy bonito, y lo de las barquitas en el agua mecidas con las gaviotas por las olas, todo muy folklórico, pero con su trastienda negra como todo lo típico, que eso de salir a base de brazos, remando, a la hora que te tocaba y pasarte diez o doce horas en el mar tenía cojones, tú, porque a pescar se salía por sorteo, en el turno que te correspondía, no cuando uno quería, que

la pesca es más o menos golosa según la hora, por eso había un sorteo que lo hacían mi tío Cincorreales y Barrigüita, de modo que cada barca tenía una carta fija de la baraja, y por el orden que salían las cartas salían las barcas al mar, en todas las tabernas que había entonces en Torremolinos, se ponía un tablón con los naipes y la hora del turno, la mayoría de los marengos eran analfabetos, pero al ver su carta, por el lugar que ocupaba, sabían su hora de salida, otras veces, durante el día no había que guardar turno para pescar, eso era cuando mi tío Cincorreales daba la señal —tenía una vista única y sabía por las burbujas del agua (sólo él las veía) y por el vuelo rasante de las gaviotas, dónde estaba el banco de sardinas— entonces, se llenaba la playa de tambores azules con los golpes de los remos en las bancadas de las barcas —el pateo le decíamos— y los pescadores acudían de donde estuvieran, todo lo abandonaban al oír el pateo, la siesta bajo la barca, el remiendo del palangre, el calafateo de la jábega, luego salían todas las barcas a un tiempo a echar las levas alrededor de la mancha, aquello daba gusto, cuando se pescaba sobre un banco de sardinas, las más de las veces, había que romper el copo porque lo reventaba la carga temblando de plata, no, los anillos no se me van a caer, desde luego, pero ya me he acostumbrado a lo bueno, a trabajar nada más que diez horas, al seiscientos y a las propinas, que voy a echar de menos la hostelería, el estar vestido bonito, la corbata de pajarita, mi tabaco rubio en el bolsillo, y yo al menos tengo el mar, pero éste nada, éste no tiene ni donde caerse muerto, y no se va a ir a Uganda contigo, y con los tres niños, la mujer y la suegra, vamos digo yo, así está, que no sabe para dónde tirar, claro como ni en la capital ni en la costa hay construcciones, pues, a morir por Dios, y si me voy al pueblo, ya sé a lo que voy, a lo de siempre, a sentarme en el poyo de la plaza a nada, a esperar un jornal a salto de mata, porque quitando los días de siega en verano y luego la recogida de las almendras y la aceituna (otro puñado de días), en el campo ya no se dan más jornales, el resto del año a sentarse en la plaza, por eso me fui al extranjero, y a los ocho años de estar fuera, se conoce que también a ellos se les puso la veta mala, y nos despidieron, que no se sabe lo que se quiere, tú, cuando emigras, reniegas (pero en tu casa comen), y cuando te echan para España, te acuerdas de Francia, y mira que es duro el trabajo en el extranjero, que no se descansa, oye, que sí, que se ganaba dinero, pero todo tenía que salir del lomo de uno, trabajábamos desde las cuatro de la madrugada hasta las ocho de la noche —casi no se veía—, y como nos pagaban la recolección a tanto la hectárea, mientras más trabajábamos, más se ganaba, pero eso, que el dinero lucía porque te salía del lomo, que había días que al levantarnos no podíamos ni coger el azadón, y hasta que no se calentaba la espina nos dolía todo el cuerpo, que es muy duro lo de emigrar, tú, por todo, por el trabajo, por las comidas, por la lengua, y

nosotros no andábamos mal, estábamos con un patrón muy bueno, no sabía lo que tenía de grande que era la hacienda, tenía vacas, pero en cantidad, que yo en mi vida he visto más vacas, las cambiábamos de pasto de un sitio para otro, y cuando rozaban la alambrada les daba la electricidad y perdían el conocimiento, pero cuando se aprendían la lección comían sólo hasta medio metro de los alambres, así es que se veía como una cenefa verde alrededor de la alambrada, en el extranjero son muy listos y están muy adelantados, allí no es como aquí, allí todo es con máquinas, una que segaba las hojas, otra que arrancaba la remolacha, la seleccionaba y la cargaba en los camiones, otra para las papas que las arrancaba y las iba dejando sobre la tierra lisita, lisita, el último año mandó el patrón para España seis vagones de papas, no sabía lo que tenía, tres o cuatro kilómetros andábamos (no se veía el fin) detrás de la máquina metiendo las papas en los sacos, y la brigada de españoles estuvimos arrimando pacas de paja para la cama de las vacas (allí duermen al aire) durante más de dos semanas, que ya era paja, tú, que los montes se ponían negros de tanta vaca, allí gusta mucho la carne de vaca, pero la ponen sangrando y a nosotros nos daba asco, preferíamos comernos un cacho de pan con la pringue y chacinas que nos llevábamos del pueblo por la Pascua, o leche migada con pan, porque los días de diario cuando llegábamos a la *mesón* (los franceses a la casa le dicen la *mesón*) llegábamos que no nos podíamos ni doblar para meternos en la cama, ahora qué los domingos nos desquitábamos, los domingos Pascualito nos hacía unos potajes de chuparse los dedos, las hijas del patrón estudiaban español y nos escribían las cosas que nos hacían falta comprar y nos reíamos mucho con Pascualito cuando le decía a la mujer de la tienda que le diera el *coñó* (en Francia a la cebolla le dicen *oñó*), los franceses tienen un habla muy raro, los huevos, por ejemplo, los piden como cuando se llama a alguien: eee... y, el patrón nos saludaba por las mañanas y nos decía *buenyú* (que es buenos días en su lengua) *buenyú* nos decía con el sombrero en la mano, *buenyú*, lo de no entenderse es muy duro, menos mal que había un cura francés que era el que nos lo desliaba todo, las cuentas de los jornales, mandar el dinero al pueblo, hablar con el médico cuando estábamos malos, era un cura muy campechano, cuando venía a España con vacaciones viajaba por los pueblos de los emigrantes, y vivía unos días con cada uno de nosotros, y comía nuestra comida, y fumaba Celtas, era un cura muy bueno, muy bueno, oye, tú, que con la cháchara se nos cuela ése, venga con el cuento, a la cola como todos, sí, sí, a pedirle candela a tu cuñado, a otro perro con ese hueso, a la cola, que somos los primeros porque estamos aquí desde la cuatro de la madrugada, venga ya, tío, que todos tenemos mucha prisa y ninguno tenemos nada que hacer.

CON EL FERVOR DE AQUEL QUE SE DESPIDE

Libro de Poesía

(Selección)

de Alfonso López Gradolí

PRIMER PREMIO 1979-80

Alfonso López Gradolí es un poeta y narrador que ha obtenido ya numerosos premios. Su nombre está ya muy acreditado en la actualidad literaria española.

El libro CON EL FERVOR DE AQUEL QUE SE DESPIDE está compuesto de cuatro unidades: «Tierras llanas, llanura», «Los días en la ciudad», «Los vinos del corazón» y «Lívida luz de ayer», individualizadas cada una, pero unidas por una intención global, a la manera de una memoria personal en la que el poeta expresa sus pensamientos y emociones ante personas, momentos, cosas y paisajes.

Con una técnica en la que el verso se aproxima a la prosa y un poder de descripción que convierte lo puramente literario en pictórico, Alfonso López Gradolí hace poesía plástica de excelente factura y modernidad. Su fluidez y sugestión, sin concesiones al fácil lirismo ni a una métrica convencional, hacen del libro en su conjunto una obra original que resulta en cierto modo como un paseo encantado de la mano del poeta a través de lugares reales, al encuentro de personajes conocidos, para compartir con él momentos y sensaciones de veracidad inmediata.

CON EL FERVOR DE AQUEL QUE SE DESPIDE es un libro extenso y denso del que, por imperativos de espacio, sólo es posible ofrecer aquí un fragmento de su primera parte.

CON EL FERVOR DE AQUEL QUE SE DESPIDE

TIERRAS LLANAS, LLANURA
(AL-BASIT)

BENJAMÍN PALENCIA,
CON TODOS SUS CORDEROS

«Ahi viene Benjamin con todos sus corderos,
con su nómada tribu y su escuela por libre»

(GERARDO DIEGO)

*en esta casa de Madrid está la Mancha
hay silencio de los cereales bajo la solanera chicha
dormidas las mañanas del secano escasas
de blanco porque predominan los azules
alejadas las nubes que son flores de ternura
los yertos grises los colores pardos de las lomas
sus campos barrajeños en la calle de Zurbano
están los verdes ocre del olivo Benjamín
es La Mancha la lleva en todos sus instantes
todo su tiempo es una encina desplazándose
las perdices que se apresuran en los rastros
no serían extrañas en su casa de ciudad*

donde está todo el campo el calor y el frío
de los llanos de Albacete los llanos de los llanos
(Al-Basit quiere decir llanura) el dorado campo
inacabable rojo malva siena azul amarillo
cadmio las flores los cultivos el habla
los alimentos (una merienda en la cocina con cuadros suyos)
queso vino de Villamalea pasteles de Barrax
recuerdos proyectos nombres
«un sitio para que trabajen y vivan los pintores»
todo el año como en una aldea manchega
entre Barrax y la capital junto a un molino
de una sola planta el edificio una sala grande
para pintar entrecierra los ojos imagina
sonríe «el techo con vigas de cuarterones un patio
y ese espacio central el corral cubierto con muchas plantas
y galeras los antiguos carros manchegos un albergue
para pintores que trabajen y vivan reunidos»

en su casa de Zurbano la tierra recordada
las colinas de pinos los bancales largos
los vencejos encinas presencia de las vides
la permanencia de los malvas calmadas
las superficies de las eras cuando pasa
por Barrax ve amigos gentes «el campo
manchego es el que más me gusta de España»
estos llanos apoyados por montes que parecen
tumbados animales las puestas del sol
el disco es como una onza de oro y baja
con solemnidad a desaparecer tras de la tierra
el rayo a solespones arrastra luz sobre rastrojo
toma coloraciones de morados bellisimos azules
un espacio como de cristal oscurecido
que luego el pintor con los dedos sin pincel benjamínea.

LOS GRISES DE ALFONSO QUIJADA

*En la calle de Tejares, una luz vivísima,
la pisada tierra, encenizada, quemada,
queriendo ser blanca por la cal sugerente
de las paredes jornaleras, el blanco
de los que viven por sus manos,
los muros con la espuma detenida,
fijada, hecha rugosidad áspera
de madrugada fría para los pobres,
apoyo para unos brazos inseguros,
con el hondón, el martilleo que da el vino,
y los colores negros de presentimiento
al final de la calle, mezclados con verdes
solemnes, azules de la noche, cuando no se paladea
el trago del desprecio, el vino del calor,
vaso de ternura derrumbada y del olvido.
Ahí, en esa calle con la luz cegante, Alfonso
Quijada une los blancos que llamean,
los oscuros de resentimiento y de ignorancia,
crea grises únicos para tardes de lluvia,
cuando se abre la flor de la confianza, posibilidades.
Grisés de las paredes del colegio, tardes
interminables, con la pizarra grande
y una voz que nos dejaba sobresalto
si pronunciaba nuestro nombre. Grisés
del invierno, con el sabor imborrable
del chocolate en el aparador de madera, que cruja.
Tardes de diciembre, comidas de las fiestas,
las sobremesas largas con los familiares,
la excitación cordial por los recuerdos,
gotas de lluvia transparentes cayendo,
resbalando sobre un cristal vahado, frases,
respiraciones como buches de humo,*

los cigarros puros, conversaciones grises
desde la seguridad, las propiedades familiares,
carreras ejercidas provechosamente, veladuras,
humos grises, antes de que encendieran luces
eléctricas, cuando se insiste: «otra copa
de anís, un poco más de dulce», aquellos grises,
que me vuelven ahora con las obras de Quijada,
en su estudio acogedor, las gruesas vigas,
madera, los marcos de anchas molduras trabajadas,
el apaciguamiento de los agrisados rectángulos
que tienen la interrupción vibrante y fijadora
de una pincelada roja o amarilla,
un cuadrado pequeño que centra su porción de campo
alrededor, como las amapolas entre el cereal.
Aquellos grises, rasgados por un color primario
y vivo, no chirriante, unas conversaciones
monótonas, de tapia continuada bajo lluvia,
los días de las fiestas, en mi niñez, qué lejos.
Las copas de cristal, cuidadas con solemnidad,
los días de las fiestas, conmemoraciones,
entrechocar tintineante de los brindis,
la brevisima, alegradora diana entre las frases
grises, retahílas de preguntas y respuestas,
datos sobre las familias conocidas y negocios.
Alfonso os enseñará otros cuadros
con azules, rojos redondeles, grandes masas
de verdes y amarillos, pero yo quiero
retener para mí los tonos
que más me impresionaron, ahora
que también estoy rodeado de la mezcla
de negro y blanco, blanco de la calle Tejares
hacia arriba, negro de las ropas de mujeres
de modestia y resignación, ahora
que me llega olor a campo llovido, a frío
de tarde de Semana Santa, morada y negra,
con presentimiento de malva recién lavado,
y los sonidos (cristales golpeados levemente:
la pincelada suficiente y viva de Quijada
equilibra todos los grises de su cuadro),
adormecidos grises del ganado que vuelve sin colores.

Y RECOBRO PALABRAS DEL POETA

*Y recobro palabras del poeta,
unos versos de piedra, con los malvas
rodeando su frente pensativa.
Moguer: el prado tierno de Platero.
Y la solemnidad de golondrinas,
la noria, el pozo, mojadas malvarrosas,
y las nubes, brumosas y moradas,
el campo de Moguer, rojo de viñas,
el nido limpio y cálido, un nombre
con incendio de sol, y las higueras
al lado de la sombra gris del pozo,
del que decía Juan Ramón: palabra
verdinegra y sonora, laberinto
o parque mínimo, el encantado
salón que nos recoge las estrellas.
Cruzo caminos y repito nombres,
palabras con sabor: Moguer marino,
Aguedilla, Platero, Sabariego,
Cañada del Peral, Carretería,
la luz celeste de la Fuente Vieja,
el prado rosa y oro, y los chopos.
El blando pinar umbroso, horas
con silencio de malvas y pureza,
la bodega del Diezmo, San Antonio,*

*la calle de las Flores, la Portada,
(la yegua blanca, muerta, silenciosa).
Mirando, de Moguer, la lejanía,
la luz desmenuzada, recortadas
las grises sombras de los olivares.
Callejón de la Sal, rojo Monturria,
cañada de las Ánimas, los largos,
píantes bandos de los estorninos,
la calle —mar, azul— de la Ribera,
las playas de la Baria, arenales
que crían las sabrosas camarinas,
con sus doradas tardes del agosto.
El valle de las Viñas, los tendidos
azules de la mar, los dispersados
y más alegres ocres, las colinas.
El huerto de la Piña, madre selvas,
setiembre rosa y oro, chamarices
dejándonos nostalgia con sus trinos.
El Molino de Viento, claras, verdes
presencias de los pinos; las paradas
y oscuras nubes de los aguaceros.
El mullido mojado de la tierra,
los muros altos y un sabor salino,
Moguer, silencio, la caída verja
del cementerio viejo, el poniente
alargando sus llamas, abubillas
y cal, los trenes para Riotinto,
la luz cordial entre los jaramagos,
senderos con los pasos pensativos
del poeta que iba con Platero,
la vaga claridad cuando amanece,
Moguer, las piedras, vida, trote corto,
la sombra del asnillo, nombres, años
a los que vuelvo, mis azules temas,
sonido de los pinos, verdes jaras,
las lilas, mariposas inquietantes,
la calle de las Fuentes, cabrahigos,
los lirios del arroyo de Los Llanos,
el agua baja del remanso, cuántos
de sol y soledad, instantes, versos*

de Moguer, rojamente iluminado
del pueblo en fiesta, los atardeceres
de soledad, el vallejuelo, sombras,
los cantos rotos de los grillos, brisa
desde Montemayor, desprevenidos
y lividos violetas de otro día,
los blancos de Moguer, volver despacio,
viña de los Puntales, el aljibe
de mármol, con sus sombras azuladas.
Moguer y Juan Ramón, el trotapaso
del fuerte y seco, del mimoso y tierno
inolvidable compañero nuestro
de mirar las acacias, andar manso
entre pinos quemados, poco a poco,
unos lechos de guijos, los tomillos,
en la hora de mayo, ardiente y clara.
Respirar en Moguer, cuando atardece,
el sosiego, panal de luz dorada.
es el pintor de Elche de la Sierra
y trae sus paisajes a Madrid lejanos verdes
pálidos ocres que miró muchas mañanas
la distancia del campo con la madrugada
un pintor que viene por las tardes
a su estudio en un barrio madrileño
donde esperan ojos sabios que le admiran
color de atardecer quemándose
o de arrogancia destruida gratitud llovida
de agradecimiento sin grandeza hombre
de campo como he visto en mi tierra
sobre las bicicletas inclinados en los viñedos
o en las maderas de tabernas hombre
que mira con jactancia los trabajos de su hijo
esa decidida línea que Francisco Fernández
dibuja con seguridad en el papel blanquísimo
hace años un maestro del pueblo habló de esos trazos
«este muchacho podría ser pintor debería
salir de aquí estudiar fuera»
por las mañanas iba recordando el hombre
los dibujos líneas meticulosas de su hijo

mientras recorría su patrimonio las anchuras
 que son para Francisco rectas los surcos
 que para muchos hombres son dedicación cielos
 campo de Albacete un manantial de luces soles
 la sinfonía de amarillos las canteras yunque
 tornasoles los trigos y centenos
 fondeo versos poemas míos deshilados
 para la gente que yo quiero maravillosos
 seres que jamás conoceré y andan
 ahora por los campos de esta tierra como ese padre
 de pintor que está ahora en Madrid y mira absorto
 cómo dibuja con inocencia profundidad ternura
 ese pintor que desde el extranjero
 enviaba postales con insólitos nombres de ciudades
 y mira (son las cuatro de la tarde) cómo
 hay silencio de tronco en el estudio
 es enero por fuera y vuelven aguaceros antiguos
 un olvido de grises oscuridad de perros
 al otro extremo del pueblo tapias polvorientas
 tragaluces rastrojos quinterías sin fechas
 ahora por la tarde un hombre sabe
 que su hijo es un artista sosegado y esencial
 pasan los minutos rumorosos indefensos casi
 sostenidos por la seguridad de un hombre
 que dibuja en silencio y que se llama Reolid
 Francisco Fernández Reolid mi amigo.

UNA SONATA EN SOL

de Juan Marchena Fernández

ACCÉSIT DE CUENTOS 1979-80 (1)

(1) El Primer Premio se declaró desierto. Se concedieron dos accésit.

Con el pretexto del título, UNA SONATA EN SOL, de este cuento de Juan Marchena Fernández, de Sevilla, podría afirmarse que más que una sonata clásica la narración es una serie de «variazioni» sobre un mismo tema, impresionista, a la manera de Ravel o Debussy más que a la de Mózart o Scarlatti. En definitiva, un relato para «dilettanti» en el que el soporte anecdótico, muy simple, queda casi totalmente enmascarado, por no decir anulado, bajo la formidable relación de detalles, minuciosa lista de objetos de colección, en donde el autor da muestras de exquisito gusto, refinada sensibilidad artística y amplia cultura. Quizá carezca UNA SONATA EN SOL de fuerza dramática, de garra anecdótica más desarrollada, pero esto no impide, ni mucho menos, que de ella emane el encanto de una melodía grata para el gozo de un instante, sin ninguna conmoción del sentimiento. Aparte la sugerencia musical, el hecho de que por el relato desfile toda una multitud de objetos, libros, cuadros, etc., sugiere no sólo un recorrido por un bazar de anticuario, sino la amorosa devoción por los objetos nada vulgares, que de alguna forma están unidos a la propia vida de su coleccionador.

UNA SONATA EN SOL

Y el sol anduvo mascullando palabras hasta que se hundió en un mar azul de Imperio. Imperio de plata y perlas, de selvas y montañas, de tesoros y mitos escondidos tras la niebla; Imperio de distancias, de indios, de encomiendas, de leyes y tribunos de levita negra, papel amarillo y lacre rojo, sangre y cruces; Imperio de fortalezas y soldados, viejos bajeles carcomidos, de Flandes y de Amberes, de Nápoles-Sicilia, de Orán y de esta Plaza, de Indias y de mar, de todo el mar océano hasta las islas nuevas de Molucas, y más allá, de Filipinas, todo el mar que vuelve y salta y se agita, entre bonanzas y tempestades, justo en el punto donde hoy se ha hundido el sol.

Tremolar de banderas sonando el pífano y vuelta el tambor a redoblar oración, la campana de la Mayor estremeciendo a los muertos en sus tumbas, que son tantas y tan esparcidas por el mundo que será imposible juntarlas alguna vez. Se arrían banderas aquí y se alzan allá, en un ciclo continuo sin comienzo ni fin, Oración por huesos que vieron la luz de la Alcarria a Sanlúcar y dejaron de verla de Molucas a Nápoles. El Imperio...

Cae la noche sobre la ciudad mansamente, sin prisa alguna; noche caliente horadada por la ronda que comienza su deambular de baluarte en baluarte, de «sereno en sereno», de «sin novedad en sin novedad», bajo gotas de sudor que empapa las casacas, y «no corre brisa esta noche, José», «ya sale la Luna por Punta Europa».

Como insectos nocturnos, agazapados cerca de la garita del Extremo, tintinean los dados su canción cuántica, seis, tres, once, «yo gano», «pon», y los reales que pasan de mano en mano, uno que eructa aromas de chorizo que se disipa entre los merlones.

El *Asia*, recién llegado, está allá abajo, en el puerto, las velas recogidas y en silencio, en ese silencio del sueño de los barcos después de haber arado el mar durante días, abriendo surcos en el agua, pariendo espuma entre las olas. Ahora, a oscuras, pero despidiendo esa luz sobrenatural que los viejos barcos poseen tras haber hecho tanta sombra bajo el sol de mediodía. A su lado, y a partir de él, frontera esbelta y negra, se iniciaba la ciudad, dormida, quieta, sudorosa, a la luz de las estrellas.

Cuando comenzó a amanecer en esta parte de las Españas y el mar brilló de nuevo, primero plata, luego bronce, luego oro y más brillante aún, comenzaron a faenar entorno al *Asia*. Una maraña de cuerdas, cabrias, poleas y cabestrantes le envolvió. Crujieron sogas y maderas y cientos de fardos comenzaron a brotar de sus entrañas, depositándose sobre las barcas y falúas que le rodeaban. Pronto la playa se inundó de cajas y fardos, de bultos y paquetones, cargándose en trenantes de cuatro ruedas y mulos que los llevaban hacia la ciudad.

Sobre la cubierta del *Asia* apareció él, don Julián. Sombrero inglés de fieltro negro, casaca rigurosa verde oliva, corbatín rojo sobre cuello de encaje, pañuelo de seda que sobresale discretamente de la manga, medias y zapatos hebillados de charol, perfume de rosas de la India, «¡a ver, un bote para el señor!».

Mientras otros remaban, él, impertérrito en la proa de la chalupa, veía agrandarse las casas y el castillo y el bastión hacia el mar, y sintió el humo de fogatas en la playa, el olor a tierra humanizada, la ciudad ante él, despertándose en el amanecer. Oyó tañer a ánimas, quizás desde un convento. Ya está la playa. Topetazo en la arena. Tabla. Y pisa tierra firme. Se acabó el mar y el navegar y el llevar el ritmo de las olas. Tierra.

Revisó de un vistazo los fardos que aún quedaban sobre la arena y las mulas que los subían entre gritos de arrieros y el repecho hasta las casas y subió él también hasta ellas y tocó cal, no más madera, no más brea ni más sal, sino piedra o ladrillo después de mes y medio de madera. «Ya estoy aquí».

«Don Julián, don Julián, por acá, venga, venga». Y saludó a este que le llamaba y a aquel que le reverenciaba con el sombrero, y «perdone usía, pero después de Oración no es posible desembarcar», y él, «no importa», y «venga por aquí, don Julián», «aquí está el coche, suba usted», y dos negros mirándole a distancia, embobados, casaca verde oliva, corbatín rojo, camisa blanca, zapatos de charol, sombrero negro y cerró la puerta, trocando el caballo entre las piedras, chasqueando el látigo el cochero calle arriba.

Cayeron gotas y más gotas y era lluvia y olía a tierra mojada, con ese calor de agosto y brama arriba la tormenta entre las nubes, venga a llover, fuerte, repicando el agua contra el techo del coche, hasta un amplio portal, a resguardo, donde se detuvo. La cancela, el patio mojado, el artesonado del techo del palacio. «Bienvenido sea vuesa señoría». Bajó del coche e inspeccionó los fardos que los hombres iban amontonando alrededor del patio entre las columnas blancas y las macetas de geranios, y ese bulto inmenso, envuelto en tela blanca que traían entre cuatro y «qué será esto que pesa tanto», «póngalo ahí con mucho cuidado», y más paquetes en tela de saco, cuadrados, de mil tamaños, descargándose las mulas y los carros en la calle, niños mirando en el zaguán y más bultos y más fardos hasta que el patio estuvo a reventar, amontonando unos sobre otros en lugares a cubierto de la lluvia, que ya amainaba.

«Está todo, don Julián, cuente usted». Y otra vez a trasegar, éste aquí, éste allí, aquél arriba, con cuidado, aquéllo más allá, en el rincón, y una legión de porteadores, arrastrando fardos bajo la mirada de don Julián, que dictaminaba con su dedo extendido y fulminante el lugar donde dejar cada bulto. Subiendo al piso alto, repitió idéntica operación hasta haber llenado toda la casa, grande, antes vacíos sus salones, sus pasillos, desnudas sus paredes; sólo fardos, bultos envueltos en lonas y cuerdas, en todas partes. Por la escalera subían entre grandes quejidos y gritos de esfuerzo y ánimo el más voluminoso de los objetos, bien oculto por un gran lienzo de lona blanca. «Vaya si pesa». «Qué será esto». «Parece plomo».

Don Julián recorrió entonces palmo a palmo toda la casa, dando el visto bueno a cada fardo, ordenando con una inflexión de su voz que esto debe ir más allá, saltando entre paquetes por los suelos, apoyados algunos en la pared, seguido por varios hombres que movían lo necesario hasta dejarlo al gusto del señor.

«Bueno», dijo al fin. «Comenzaremos por la planta baja, por el camarín de la entrada». Una pequeña pieza en la que descansaban cinco o seis bultos. Unos grandes. Otros pequeños. Alargados o estrechos los más. Planos los otros.

«Desliad aquél».

Y debajo de las lonas apareció un soberbio paisaje italiano de la Toscana, refulgentes cielos azules, prados verdes y restos de columnas decapitadas. «Ahora aquél», y cortando las cuerdas, vislumbrose un escritorio de caoba, macizo y barnizado y un estante de haya con cantos labrados,

Júpiter y Venus y angelotes, y «abran esto» y surgieron libros *Telémaco* y *Tratado Mixto de Injeniería* y *De Procuranda Indorum Salute* que se depositaron en los anaqueles, y «abran aquél» y saltaron tinteros de Murano y plumas de Persia y un jarrón lacado de Macao y un crucifijo de guayacán y cuatro fraileros de cojines púrpura, ribetes dorados y borlas de cordoncillos que terminan en botones de nácar. «Siganme a otra pieza».

Fueron brotando los fardos, de la tela de saco, de las lonas, las maromas y las cuerdas, escenas campestres enmarcadas en labrados de oro, *El rapto de Europa*, asombrados los ojos de los que desanudaban y buscaban y aparecía un candelabro de seis brazos de plata, una Biblia polícroma, un busto de mujer, un retrato del Rey Carlos con el Príncipe Niño vestido de casaca azul cobarde, y «esto clavadlo allí», y «esto aquí», y un pequeño árbol en miniatura de Cipango dentro de una cúpula de cristal con pedestal de mármol, y un biombo incrustado de nácar, y las paredes se vistieron de paisajes, de color, de riquezas lejanas, y los rincones se ocuparon con estatuillas sin brazos, con jarrones de la China, y los espacios vacíos de las salas con sillones, mesas de cantos de carey, aparadores y vitrinas con libros, *Edipo Rex*, *Tratado de Física*, *Herbarium Indicúm*, piedras irisadas, extraños artefactos de cristal de formas caprichosas, circulares, en espiral, ampolletas de vidrio con productos ignotos de mil colores, lentes, lupas, brazos mecánicos, relojes de cuerda, catalejos, y en el descanso de la amplia escalera, los ojos de los hombres, ya fuera de las órbitas, una imponente, por lo hermosa y grande, Inmaculada, que, entre nubes, los ojos al cielo, los blanquísimos pies rodeados de angelillos risueños, la túnica malva, fue colgada de gruesos clavos que quedaban ocultos tras el marco tallado impresionante.

Repitióse la operación en todo el piso superior, apareciendo arcones soberbios y claveteados, ropajes vistosísimos que ocuparon su lugar en los recién descubiertos armarios de caobas, hayas y emberos, sombreros negros, azules, morados, de plumas vistosas o galones de oro y plata, que fueron a situarse en los lugares que marcaba el inexorable dedo del señor.

Aparecieron camas con dosel, cortinas de sedas celestes, blancas, amarillas, tejidos finos, colchas bordadas en mil colores, palanganas, jarros, bacinillas de metal dorado, hasta que llegaron, don Julián delante, los hombres angustiados de tanta novedad que alguno dijo llevar visto en un rato más que en toda su vida, al gran salón donde yacía omnipotente entre otros muchos, el gran fardo secreto blanco y pesado.

Pero aún quedaba sillas de cojín azul marino, más de dos docenas, y cuadros de frailes de hábito blanco sobre fondos negros, y un paisaje

enorme de una ciudad, y un puerto, donde, al acercarse, se contemplaban miles de personas, del tamaño de un dedo, unos junto al río, otros en las calles, unos arando el campo a lo lejos, otros a caballo, como si se vieran las casas desde una torre alta y esbelta, en prisma puro.

Cuando todo estuvo en su lugar, extendidas las alfombras con dibujos de animales que daba miedo pisarlos, colocados los cuadros, las cortinas, las sillas, las bandejas, los libros de los estantes, *Le Methode, Experimentacion Phisica, Le Regne Animal*, los candelabros en las repisas y mesitas doradas, la gran lámpara de cuentas de cristal colgada del artesonado, se dirigieron todos hacia el gran fardo, a un extremo de la habitación, agrupados tras la voz grave del señor.

«Ábranlo».

Ante sus ojos apareció un enorme mueble de extraña forma, negro y brillante de tres patas. Don Julián, quitándose el sombrero, pidió una silla, rebuscó unas llaves, introdujolas en una cerradura dorada y abriendo una tapa, apareció un teclado de piezas blancas y negras geométricamente dispuestas.

Ante los atónitos ojos de los hombres, el salón se inundó con las notas melódicas de una sonata de Domenico Scarlatti que volaron de aquí para allá, entre libros de Química, Astronomía y Teología, chocando con el *Concolorcorvo*, con los escritos de Shafterbury, con *Le Reve*, con Bayle, con la *Andrómeda y Perseo*, paseando ante el lienzo veneciano de Francesco Guardi o el color de Tiépolo, entre asombrados hombres de manos callosas, entre muebles parmesanos, cortinas y sedas, candelabros, mármoles, cristales, bajando la escalera de la Inmaculada, entreteniéndose entre las columnas del patio, cruzando el zaguán, ascendiendo por la calle, el barrio, la ciudad, el puerto, las murallas, Scarlatti sonando triunfal desde el piano, las manos de don Julián saltando de tecla en tecla, marcando el compás su pie derecho, ascendiendo las notas, las corcheas, en clave de sol, sobre los tejados, las azoteas, sobre toda la ciudad como una cúpula armónica, llamando a las gentes, sacándolas de sus casas, congregándolas en las calles, las miradas atónitas, el oído encantado, anunciándoles la llegada, la irrupción, el gran acontecimiento de que las Luces, el gran Siglo de las Luces, acababa de iniciarse, de hacerse cuerpo presente en toda la ciudad, para que, al igual que en el resto del Imperio, la razón iluminase para siempre a la lúgubre y triste obscuridad.

Y don Julián cantó: «De la luz vendrá la luz y lucirá».

Í C A R O

de José Manuel Vilabella Guardiola

ACCÉSIT DE CUENTOS 1979-80 (1)

(1) El Primer Premio se declaró desierto. Se concedieron dos accésit.

José Manuel Vilabella Guardiola, de Oviedo, ha escrito un hermoso cuento, más bello y emotivo por la ternura y suave ironía de su contenido que por su simplicidad formal en la que una exigencia analítica podría señalar alguna medianía técnica. Quizá esto último le haya privado de alcanzar los méritos necesarios para obtener un Primer Premio.

La historia de don Icaro, funcionario romántico que encuentra en la papiroflexia su camino de libertad, no deja de ser un símbolo de la vida monótona, gris y sometida, de mucha gente. El moderado escepticismo, la evidente ironía y una cierta dosis de filosofía y experiencia del mundo y de las cosas aletean por en medio de esta historia singular como las mariposas de papel de su protagonista. El desenlace anecdótico resume una actitud, a la vez despreciativa y fatalista, no exenta de orgullo, ante el desencanto de la aventura vital. Pese a esto, el vuelo de la mariposa final es como una afirmación de libertad y triunfo sobre la mezquindad de la vida cotidiana, burocratizada y vulgar.

Í C A R O

Don Timo, el sacristán, con un gesto ampuloso le señaló el mejor punto de observación.

—Tenga la bondad de acercarse hasta aquí y deléitese usted sin ningún pudor, amigo mío —le dijo mientras respiraba a pleno pulmón la suave brisa mañanera.

«Este es el lugar ideal. La plataforma de lanzamiento soñada», pensó don Icaro cuando observó la ciudad que a sus pies se movía bulliciosa. Las personas, los coches y las casas parecían de juguete; eran minúsculas piececitas de un nacimiento articulado, diminutas hormiguillas que se movían nerviosamente de un lado para otro.

—Para que el encanto sea completo y el tiempo eche el freno y la marcha atrás, permítame usted que utilice este adminículo obsoleto —comentó el sacristán, y desplegando un catalejo dorado se lo aplicó al ojo derecho y durante unos segundos observó en silencio la plaza del Ayuntamiento, los abigarrados puestos del Fontán y el ir y venir de los gitanos, menestrales, amas de casa y concejales, que desde la esbelta torre de la catedral perdían su importancia municipal y se quedaban en nada.

—Extraordinario, realmente extraordinario.

—E histórico —replicó el sacristán— porque desde este lugar, y tal que así, don Fermín de Pas, magistral de la Catedral de Oviedo, vigilaba las entradas y salidas de doña Ana Ozores, más conocida en los anales literarios por el nombre de la Regenta.

Don Icarío se quitó el gabán y la chaqueta, se arremangó la camisa y musitando un «con permiso» púsose manos a la obra sin pronunciar palabra. El sacristán le dejó hacer sin interrumpirle. Vio cómo su docto amigo calculaba la dirección y la velocidad del viento chupándose un dedo y levantándolo con aire experto sobre su cabeza y cómo con cuidado exquisito extraía de una caja de zapatos una preciosa mariposa de papel.

—Lo que va usted a contemplar ahora, amigo don Timoteo, es un experimento científico. Le ruego, pues, discreción y reserva absoluta, pues en esta ciudad hasta las paredes oyen.

El sacristán asintió y don Icarío, tomando con el índice y el pulgar la mariposa de papel, la depositó con cuidado en el vacío. Una ráfaga de viento la impulsó hacia arriba, y cuando parecía que iba a emprender el vuelo majestuosamente, las alas se plegaron y se precipitó contra las losas de la plaza.

—¡No ha querido volar!... En fin, qué le vamos a hacer. El fracaso es el yunque donde se templan los hombres de ciencia.

Don Icarío, probo funcionario municipal y Licenciado en Derecho por la Universidad de Bolonia, ama a la papiroflexia con pasión. Y así, lo que empezó siendo un honesto divertimento realizado en horas laborables se convirtió con el paso de los trienios en una vocación irreprimible. Don Icarío no solamente hace pajaritas de papel como todos los jefes de negociado. Don Icarío va mucho más allá y puede construir, con un máximo de treinta plegados, cualquier persona, animal o cosa que demande el respetable.

—Icarío, majete, ¿a que no eres capaz de hacer un soldadito de Pavía?

Y el ejemplar burócrata confecciona en un periquete un apuesto militar, mientras que el público, por las ventanillas abiertas, le observa anonadado.

La papiroflexia, arte de personas delicadas y de gentes bien nacidas, se convirtió en manos del ilustre funcionario en ciencia dinámica, en madre de móviles enloquecidos, en progenitor de juguetes articulados. Construyó locomotoras, cochecitos de inválidos, perros saltarines y verdaderos ejércitos de donnicanortocandoeltambor que le saludaban gozosos cuando regresaba a la oficina. Aprendió a utilizar la brisa como carburante, el viento como fuerza motriz y sus criaturas, que se amamantaron con los jirones de huracanes que se colaban por las ventanillas, y se nutrieron con el recuelo de las ventiscas que entraban por la puerta principal, se hicieron independientes y con el hálito de la vida en sus entrañas aprendieron a bailar el vals.

—Señores, en el viento está la solución —filosofaba don Icario en su tertulia del Casino cuando surgió el tema de la escasez de energía.

—Ese remedio está periclitado, don Icario; que el otrora no regresa y hogaño lo que necesitamos es petróleo —argüían sus adversarios de dominó mientras le ahorcaban perversamente el seis doble.

—Colón fue hijo del viento y España un imperio ventoso además de ultramarino. Contamos con auténticos yacimientos todavía sin explotar. ¿Qué me dicen ustedes del viento galeno, del bonancible, del cardinal, del cascarrón, del de bolina y del viento de bordada? ¿Es que no se pueden llenar bombonas y mover émbolos con el botalones y el viento de juanetes? ¿Es que España puede despilfarrar alegremente fuentes energéticas tan importantes como el puntero, el forzado, el medio viento y el maestral?

Lo que empezó siendo conversación de café y cháchara de desocupados se convirtió para el hidalgo burócrata en ambicioso proyecto que liberaría a viudas y desocupadas y desfacería entuertos sindicales. «El viento nutricio está siendo desaprovechado por este país de ignorantes. La energía, la vida, el movimiento continuo nos lo da Dios gratuitamente. Aprovechémoslo». Y soñó don Icario con fábricas movidas por el viento, con florecientes industrias sin problemas de energía. «Presiento que esto es como el huevo de Colón. Es necesario el testimonio concreto, el ejemplo contante y sonante, el verbigracia contundente. Es preciso crear algo que convenza a los escépticos, que cure a los descreídos de su ceguera, a los científicos de su atávica miopía. Hay que volar y ellos tienen que verlo.»

Don Icario liberó a los grises expedientes de su triste destino, a los *dossiers* de su inevitable periplo administrativo. Con los oficios, comunicaciones, cédulas, instancias y notas que llegaban al negociado de Asuntos Diversos, construyó mariposas multicolores, criaturas aladas, clavileños de cartulina. Utilizando papel y engrudo redimió expedientes de expropiación, agilizó recursos dealzada y resolvió engorrosos protocolos que sin su participación estarían condenados a dormir el sueño de los justos, y desde la torre de la catedral fue dando salida, por riguroso orden alfabético, a todas las mariposas que pacientemente construyó en horas de oficina.

—Pues pareceme, don Icario, que el lepidóptero aquel, el de la póliza de tres pesetas, quería remontar el vuelo, pero después lo pensó mejor y dejóselo llevar por la ley de la gravedad dichosa —comentaba don Timo.

—Fue el céfiro traidor, dilecto amigo. Pero no desfallezcamos, que el éxito está a la vuelta de la esquina.

Una y otra vez don Icaro botó desde su elevado observatorio la flotilla de insectos, la escuadrilla de libélulas de papel de seda. Antes de depositarlas en el vacío les hablaba con amor, les aconsejaba para que no fuesen juguete del viento enloquecido. «Dejaos llevar, hijas mías, que los vientos son como los alcaldes: buenos, pero un poco brutos. Volad siempre en la dirección que ellos indiquen; no les llevéis nunca la contraria, ni discutáis a des-tiempo, que el poderoso no entiende de filosofías y el destino de los pobres no es el de abrir surcos, sino el de trabajar los ajenos para que fructifique el grano del señorito. Si la galerna y el huracán se enzarzan en discusiones bizantinas, no toméis partido por ninguno y seguid siempre al más fuerte, que en pleitos de poderosos el que paga es el tercero en discordia, el inferior que dice esta boca es mía. No os fiéis de la brisa bonancible aunque parezca amable y parlanchina, que en su interior dormita el vendaval, que es viento atrabiliario y violento que se encabrita sin ton ni son para jugar con las veletas. Cuidaos, hijas mías, de la ráfaga traicionera, del soplo tontorrón, de las corrientes inoportunas y de los tornados de primavera.»

Insistentemente las mariposas de don Icaro daban con su débil arquitectura contra las losas de la plaza. Rotas, descoyuntadas, con las alas destrozadas y el cuerpo hecho jirones, las recogía su constructor muertas de miedo, con el viento bullendo, todavía, en sus entrañas. Construyó nuevos modelos, modificó toberas, ideó nuevos fuelles, amplió el tamaño de las alas y estilizó las colas, con la sana intención de que el viento de popa las impulsase hacia arriba, camino de las estrellas.

—Fáltales la voluntad o el deseo de elevarse, don Icaro; que sus criaturas no son mariposas, como dice vuesa merced; son oficios, comunicaciones, cédulas e instancias que demandan injusticias, piden favores, exigen prebendas y se ciscan en los nobles ideales. El volar es oficio de desocupados, quehacer de peregrinos, cualidad de ingenuos, y la ingravidez, al final, es patrimonio de simples, de místicos y de poetas, o sea, cosa de gorriones y de almadecántaros.

Algunas mariposas, sí, iniciaron un corto vuelo. Fue un proyecto frustrado, una intentona fugaz y repentina. Don Icaro observó que la confeccionada con el oficio, donde le apercebían por su falta de rentabilidad en el trabajo, había intentado mover las alas, y de hecho se mantuvo durante unos segundos esquivando vientos, jugando con los remolinos. Con la comunicación en que le notificaban que por acumulación de faltas leves su dedicación a la papiroflexia era considerada como un delito de mayor cuantía, hizo don Icaro una mariposa bellísima color verde botella que se mantuvo flotando en el aire durante un largo minuto, haciendo escorzos y brindando

a su constructor una exhibición insólita. La mariposa tenía vida interior, palpitaba, movía sus frágiles alillas y se libraba de las tarascadas del viento cerril, que quería estrecharla entre sus brazos. Fueron sesenta segundos gloriosos, inolvidables, únicos.

El ordenanza, con semblante serio, le entregó un sobre grisáceo y comentó: «Es personal, don Icario...». El funcionario ya lo esperaba. Palpitando de emoción rasgó el sobre y leyó por encima lo que decía la comunicación: «Por la presente, y en vista de sus repetidas faltas de asistencia al trabajo, me veo en la obligación de notificarle que a partir de esta fecha queda usted suspendido de empleo y sueldo». Sintió una extraña alegría, y ante el asombro de sus compañeros, púsose manos a la obra. Plegó la comunicación en cuatro partes iguales y sus dedos, ágilmente, fabricaron una mariposa blanca, un lepidóptero de alas articuladas, con sus antenas, sus patillas dobladas y una cola aerodinámica. «Lo que fallaba era el fuelle —musitó—. No sé cómo no se me había ocurrido antes...».

Con cuidado exquisito depositó a la mariposa en el vacío. El viento la acunó y durante unos segundos se quedó inmóvil, como suspendida por un hilo invisible. Una suave ráfaga la impulsó hacia arriba y don Icario la observó embelesado. Hizo un trompo, giró sobre sí misma e inició un suave planeo sobre la plaza de la catedral. Las golondrinas miraban extrañadas al nuevo pájaro, al intruso que les disputaba aquel trozo de cielo que durante siglos habían dominado sin competencia. La dejaron volar sólo unos instantes. Después defendieron su territorio. Las piadosas aves la atacaron ferozmente, la picotearon sin clemencia. «¡Mueve las alas! ¡Huye!», gritaba don Icario, que observaba el drama horrorizado. La mariposa perdía altura perseguida por los depredadores que querían ajusticiarla. Don Icario, desde el mismo observatorio que utilizara en el pasado el magistral, gritaba enloquecido: «¡Mueve las alas! ¡Huye!».

Fue un deseo repentino, irreprimible. Se lanzó al vacío moviendo los brazos mientras gritaba una y otra vez: «¡Huye, huye!».

Antes de que su cabeza se hiciese añicos, como un tomate maduro, contra las losas de la plaza, don Icario pudo ver cómo su criatura se libraba de sus perseguidores y emprendía un vuelo majestuoso hacia el norte. Movía las alas con parsimonia, acompasadamente, sin prisas. Se iba, ligera de equipaje, impulsada por el viento, en busca de los generosos, acogedores y hospitalarios espacios marinos. «Porque tal vez exista un lugar en este mundo, caballeros —hubiese dicho don Icario en el casino—, donde puedan volar impunemente las mariposas de papel.»

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo	3
Ceuta en mar y piedra	5
El abogadito	17
Poemas del sur	29
A través del cristal oscurecido	39
Sala de espera	47
¡A la cola, que no hay prisa!	59
Con el fervor de aquel que se despide .	67
Una sonata en sol	79
Ícaro	89

PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS CEUTÍES

Director: D. Antonio Bernal Roldán

Colección Premios «Ceuta»

Director: D. Alfonso Sotelo Azorín

1. **López Anglada:** (Primer Premio 1969) «En los Brazos del Mar» (1969).
2. **Eulalia Dolores de la Higuera:** (Segundo Premio 1969) «Poema de la Isla Redonda e Invertida» (1970).
3. **Gordillo Osuna, M.:** (Primer Premio 1971) «Geografía urbana de Ceuta» (1973).
4. **Teniente General Chamorro:** (1808-1936) «Dos situaciones históricas concordantes» (1974).

Colección Estudios Históricos

Director: D. Teodosio Vargas-Machuca García

1. El Pendón de Ceuta (1973).
2. Inscripción votiva romana en Algeciras (1973).
3. Oba (1973).
4. «Don Alonso Calderón Alférez en Ceuta» (1973).
5. Estudios Históricos sobre Ceuta (siglos V al XI) (1974).
6. Homenaje a José María Pemán (1974).
7. El Estado Noble en Ceuta (1974).
8. Historia de Ceuta, de A. Correa de Franca, Libro I (1975).
9. Homenaje a Luis López Anglada (1976).
10. Historia de Ceuta, de A. Correa de Franca, Libro I, segunda parte (en prensa).
11. Homenaje a Gerardo Diego (en prensa).
12. Ceuta en la Topografía Clásica (1978).
13. Pendón o Estandarte Real de la Siempre Noble, Leal y Fidelísima Ciudad de Ceuta, de José García Cosío (1979).

Colección Estudios Sociológicos

Director: D. Antonio Bernal Roldán

1. **Antonio Bernal Roldán:** «Estudio de la Población Subnormal de la Ciudad de Ceuta» (1975).

Colección Estudios Geográficos

Director: D. Teodosio Vargas-Machuca García

1. **María del Carmen Fernández Merino:** «El Problema de la Industria Pesquera en Ceuta» (1977).

Colección Conferencias Culturales

(Patrocinadas por la Delegación de Cultura del Ayuntamiento de Ceuta)

1. La Geografía Literaria del Quijote (1977).

Revista «Transfretana»

Núm. 1 (mayo 1981).

OTRAS PUBLICACIONES

(Patrocinadas por el Ayuntamiento de Ceuta)

Sala de Arqueología Municipal:

- **J. Bravo:** Ancorae Antiquae, I (1976).
- **J. Bravo:** Ancorae Antiquae, II (1976).
- **Emilio Alfonso F. Sotelo:** Cerámica Hispanomusulmana de la Sala Arqueológica de Ceuta, I (1977).
- **Emilio Alfonso F. Sotelo:** Cerámica Hispanomusulmana de la Sala Arqueológica de Ceuta, II. Técnica de Cuerda Seca (1978).
- **Emilio Alfonso F. Sotelo:** Cerámica Hispanomusulmana de la Sala Arqueológica de Ceuta, III. Período Nazarí (1977).
- **Emilio Alfonso F. Sotelo:** Brocal de Pozo Hispanomusulmán (1979).
- **Emilio Alfonso F. Sotelo:** Sala Municipal de Arqueología - Ceuta (Guía-Catálogo) (1980).

Alfredo Meca y Romero: Ayuntamiento de Ceuta. Memoria de Secretaría (1933).

José de Esaguy: «Libro de los Veedores de Ceuta». (Libro grande de Sampayo) (1939).

Ana María del Arco: «Esa voz...» (1973).

José García Cosío: «Ceuta: Historia, Presente y Futuro», I (1975).

José García Cosío: «Ceuta: Historia, Presente y Futuro», II (1977).

Ilustre Colegio de Abogados de Ceuta: «Alegato Jurídico contra las Pretensiones Marroquíes Reivindicatorias de Ceuta, Melilla y demás Territorios Españoles del Norte de África» (1975).

Ediciones del Centro de Hijos de Ceuta

Manuel Lería: «Un siglo Medieval en la Historia de Ceuta (931-1031)» (1961).

